
HARLEQUIN
Deseo™
UN FIN DE SEMANA
ESPECIAL
LAURA WRIGHT

Solicitaba una esposa, pero era un puesto temporal.

C. K. Tanner era el director de una importante empresa y un soltero empedernido. Necesitaba que alguien fingiera ser su esposa para convencer a un conservador socio suyo de que era un hombre estable, familiar y digno de confianza… Abby McGrady era una joven guapa e independiente, que organizaba la correspondencia de la empresa y detestaba a su insufrible… y guapísimo jefe.

Desde luego, no estaban precisamente hechos el uno para el otro, pero no podían resistirse a la atracción que sentían. Una pasión así era motivo suficiente para aceptar convertirse en su «socia» aunque sólo fuera de manera temporal…



Laura Wright

Un fin de semana especial

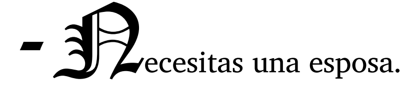
Deseo - 1183

ePub r1.0
LDS 29.12.16

Título original: *Cinderella and the playboy*
Laura Wright, 2002
Traducción: Catalina Freire Hernández
Publicado originalmente: Mills and Boon Desire 2-in-1 (MD2) - 84 /
Silhouette Desire (SD) - 1451
Protagonistas: C. K. Tanner y Abby McGrady
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1


—Necesitas una esposa.

El consejo era tan ridículo que C. K. Tanner apenas levantó una ceja antes de responder:

—Estás despedido.

—No puedes despedirme —rió Jeff Rhodes—. Soy demasiado valioso… como gerente y como amigo —añadió, mostrándole un *fax*—. Y hablando como tal, no veo otra salida. Hay otras dos firmas dispuestas a comprar y los propietarios están casados. A mí me parece que Frank Swanson busca un hombre tradicional, alguien como él, casado y con hijos. Si estás empeñado en adquirir la empresa de chocolates Swanson, tienes que empezar a pensar en una esposa inmediatamente.

Tanner se dio la vuelta en el sillón. Podía ver toda la ciudad de Los Ángeles desde su ventana en el piso treinta y uno. Era una clara mañana de octubre, sin polución, con un sol maravilloso, pero apenas lo veía. Estaba buscando otra solución al problema. Quería esa empresa. Qué demonios, quería cualquier empresa que fuera un reto para él. Esas adquisiciones parecían llenar el vacío que había en su interior… aunque sólo fuese de forma temporal.

Pero Jeff tenía razón. Comprar la firma Swanson requería algo más que una estrategia inteligente.

El viernes por la mañana iría a Minneapolis. Era el último de los competidores y, como los demás, pasaría un fin de semana con los Swanson. Una oportunidad para ver cómo llevaban la empresa, visitar la nave industrial y conocer a la familia que llevaba años

fabricando chocolatinas.

—He hablado con Harrison esta mañana —dijo Jeff, interrumpiendo sus pensamientos.

Tanner dejó escapar un suspiro. Mitchell Harrison era un duro hombre negocios. También él quería comprar la empresa Swanson y estaba dispuesto a pagar el precio que hiciera falta para eliminar la competencia del mercado. Pero se había divorciado tres veces y era un notorio mujeriego. Por lo visto, Swanson no quería saber nada de su oferta y Tanner estaba seguro de que era a causa de su reputación.

Jeff se aclaró la garganta.

—Está dispuesto a pagarte lo que digas una vez le hayas comprado la empresa a Swanson.

—Sigo considerándolo.

Tanner apretó los dientes. ¿Qué estaba considerando? Comprar y vender. Eso era lo que hacía. Pero en aquel caso, comprar el trabajo de toda una vida para venderlo al mejor postor, a alguien que sólo quería desmantelar la empresa… por alguna razón, no le gustaba la idea.

Durante cuarenta y dos años, Frank Swanson lo había puesto todo en su firma, creada desde abajo con el apoyo de su familia. Quería retirarse y sus dos hijas, casadas, no tenían interés en seguir con el negocio. Estaba dispuesto a vender, pero parecía claro que quería elegir un comprador con los mismos valores tradicionales que él.

Tanner se pasó una mano por el mentón. Por qué un hombre decidía casarse y tener hijos era algo incomprensible para él. Toda inversión y ningún beneficio. Quizá si uno pudiera leer en el corazón de la otra persona, entender sus motivaciones… así podría funcionar. Pero eso era imposible.

Él tenía opiniones muy claras al respecto, pero si necesitaba una esposa para comprar la empresa Swanson, la tendría.

—Entonces, la cuestión es quién.

—¿Qué tal Olivia? —preguntó Jeff.

—No.

—¿Karen?

—Demasiado agresiva.

—¿Y esa actriz con la que estás saliendo?

Riendo, Tanner se levantó del sillón.

—¿Y reducir toda conversación a *liposucciones* y gramos de grasa? No, gracias —sonrió, acercándose al bar—. Esa mujer no puede ser alguien de mi círculo. No quiero que mis amigas piensen que estoy dispuesto a casarme. Necesito una mujer sencilla, dulce y elegante. Educada, pero no cursi. Y nada de chicas alegres.

Jeff soltó una risita.

—Esto es Los Ángeles, Tanner. ¿Dónde vas a buscar, en alguna biblioteca?

—¿Por qué no? —preguntó él, sirviéndose un vaso de agua mineral—. Puedo convertir un gorrión en un cisne si es necesario.

—Si quieres un gorrión, ¿por qué no buscas en el departamento de correo?

—¿Qué hay en el departamento de correo?

—Mi secretaria dice que las chicas del correo son de tu club de *fans*. Todas menos una, aparentemente.

Tanner se sentó en el borde del escritorio, fascinado por los conocimientos de Jeff sobre las maquinaciones de sus empleados.

—¿Ah, sí? ¿Y quién es?

—Abby no sé qué.

Una pelirroja de ojos verdes y labios jugosos, recordó vagamente Tanner. Amable y tímida, una chica muy guapa que le llevaba el correo todos los días, pero nunca intentaba llamar su atención. Llevaba ropa clásica y discreta, como si quisiera esconder lo que había debajo… y tenía la sensación de que lo que había debajo merecía la pena.

Pero nunca lo sabría. Aquella pelirroja era de las que buscan un marido y un hogar. Y Tanner se alejaba todo lo posible de chicas como ella.

—Sería perfecta, jefe —sonrió Jeff, con un brillo travieso en los ojos.

—¿Perfecta para qué?

—Para hacer el papel de tu esposa. Creo que es muy dulce y muy sencilla. Desde luego, no es alguien a quien vayas a encontrarte en las fiestas. Y tampoco pedirá nada más de ti porque, según los rumores, no le caes nada bien —rió su gerente—. Nunca pensé que una mujer pudiera resistirse a los encantos del gran C.
K. Ta

nner. Creo que acabo de enamorarme yo mismo.

Tanner hizo una mueca.

—¿Qué tal si te doy dos minutos para volver a tu despacho antes de despedirte?

Jeff se levantó, riendo.

—Muy bien, muy bien. Sólo era una idea. Pero supongo que no necesitas mi ayuda para buscar esposa. Las mujeres siempre se te han dado bien.

—Desde luego que sí —suspiró Tanner.

Sin embargo, la idea seguía dando vueltas en su cabeza.

¿Qué tal una mujer a la que no le gustase? Sin ataduras, sin llamadas después. Sólo un acuerdo comercial. Eso facilitaría las cosas cuando llegase el momento del «divorcio».

Entonces miró el archivo de Swanson que estaba sobre la mesa. Los retos hacían que la vida fuera más interesante. Si el primer reto era convencer a Frank Swanson para que le vendiera la empresa, ¿por qué no aceptar el reto de buscar una esposa que lo ayudase a llevar a cabo su objetivo?

Con una sonrisa de satisfacción, Tanner echó un vistazo al archivo mientras esperaba la llegada del correo del día con inusual expectación.

* * *

Las notas de un *merengue* resonaban en la sala de correo de la empresa Tanner. Abby McGrady, moviendo rítmicamente el trasero, se dirigía al ascensor con un carrito lleno de paquetes y cartas.

—Saluda a mi novio —rió Dixie Watts—. Dile al señor Tanner que puede esperarme a las siete en el muelle, como habíamos quedado.

Janice Miggs puso su granito de arena:

—Y como cambia de novia cada semana, dile que yo estoy libre el viernes.

—¿Cada semana? —rió Mary Larson—. Cada hora dirás. Dile que yo estoy libre dentro de dos horas. Puede llamarme cuando quiera.

—No le toméis el pelo —las regañó Alice Balton—. Ya sabéis

que a Abby no le cae bien.

Dixie levantó una ceja.

—Y ella sabe que a nosotras nos cae pero que muy bien.

Abby se volvió, con una sonrisa en los labios.

—Estoy aquí para salvaros de vosotras mismas, queridas. C.
K. Ta
nner no os merece.

Pero cuando las puertas del ascensor se cerraron, la sonrisa desapareció.

Realmente, C. K. Tanner era uno de los hombres más guapos que había visto en toda su vida, pero también el más arrogante. Apenas reconocía a alguien que no tuviera un título unido al apellido y seguramente no le había dicho más de tres palabras en los catorce meses que llevaba trabajando en la empresa.

Pero su mala opinión sobre él estaba basada en algo más que en su falta de comunicación. C.
K. Ta
nner era una versión madura de Greg Houseman, el niño rico que le había robado el corazón cuando era una adolescente; el primer chico con el que hizo el amor y que la dejó plantada después.

Sabía por experiencia que los hombres como C.
K. Ta
nner podían ser *Sir Lancelot* un día y *Barbazul* al siguiente.

Abby dejó escapar un suspiro. Tenía cosas más importantes en qué pensar que en el insoportable rey *Midas* que ignoraba a sus empleados. Como por ejemplo, cómo iba a abrir una escuela de arte con su salario. Ganaba bastante en el departamento de correo de la empresa Tanner y tenía un horario flexible… estaba fuera de la oficina y delante de un caballete a las tres de la tarde, pero sus ahorros no le daban para abrir la escuela.

Cada día recibía más y más llamadas de padres que querían dar una educación artística a sus hijos, pero no podían permitirse pagar las clases en ninguna escuela oficial. El centro cultural en el que trabajaba no tenía programa para niños y la dirección le había dicho enfáticamente que si quería organizarlo debería ser en otro sitio. De modo que tenía una lista de espera interminable y muy pocas posibilidades de organizar los cursos.

El ascensor se detuvo y Abby salió empujando su carrito. En la

planta ejecutiva no había música, sólo el susurro de contratos firmados tras las puertas cerradas.

Suspirando, se detuvo frente al despacho del señor Tanner y se pasó una mano por el pelo, maldiciendo en voz baja a sus antepasados irlandeses por darle el pelo más rojo y más rizado del mundo. Después, llamó suavemente a la puerta.

—Pase —oyó una voz ronca al otro lado; una voz que llevaba catorce meses oyendo cada mañana.

—Buenos días, señor Tanner.

—Buenos días —sonrió él, levantando la cabeza.

Abby vaciló un momento, sorprendida. Era la primera vez que la miraba. Y, desde luego, la primera vez que le sonreía. Tragando saliva, dejó su correo en la bandeja, intentando ignorar el suave aroma de su colonia masculina que, como todos los días, la ponía un poquito nerviosa.

—Su correo, señor.

—Gracias, Abby.

¿Abby? No sabía que C. K. Tanner supiera su nombre. ¿Qué estaba pasando allí? ¿Y por qué la miraba de esa forma… con esa sonrisa tan turbadora, tan de *Sir Lancelot*?

«*Barbazul*, Abby. Recuerda a *Barbazul*».

—Que tenga un buen día, señor —murmuró, dándose la vuelta.

Pero la manga de su blusa se enganchó en la bandeja del correo. Riendo nerviosamente, dio un tirón para soltarse, pero la tela estaba enganchada. Y cuando tiró más fuerte sólo consiguió hacer volar bandeja y correo por los aires. Y hacerse un siete en la blusa.

Con el corazón acelerado, Abby tomó la bandeja del suelo y la dejó firmemente sobre la mesa… o más bien sobre su taza de café.

El líquido marrón empezó a extenderse por el escritorio y C. K. Tanner apartó los papeles a toda prisa, fulminándola con la mirada.

—Ay, Dios mío… no se preocupe, lo limpiaré enseguida.

—No pasa nada —dijo él, pulsando el intercomunicador—. Helen, llama a alguien de mantenimiento. Hemos tenido un pequeño accidente.

Entonces dio la vuelta al escritorio y la tomó por los hombros. Así, como si lo hiciera todos los días.

Olvidando quién era ella y quién era él por un momento, Abby

levantó los ojos para admirar a aquel hombre de casi un metro noventa. Pelo oscuro ligeramente ondulado, piel morena, facciones marcadas, labios generosos y ojos de color chocolate.

Era un rostro arrogante, pero increíblemente atractivo. Parecía un modelo, una fantasía femenina. Y el traje de raya diplomática le quedaba de miedo.

Abby entendía por qué todas las mujeres que trabajaban en la empresa Tanner estaban locas por él. Y por qué debía marcharse de allí lo antes posible.

Pero no se movió.

—¿Te encuentras bien?

—Lo siento, señor Tanner. No sé cómo ha podido pasar.

Por fin la soltó y Abby pudo respirar de nuevo.

—No te preocupes. Lo limpiarán enseguida.

Una mujer de la limpieza entró entonces en el despacho y limpió la mancha de café con papel de cocina. Unos segundos después desapareció y Abby se dio la vuelta con el carrito.

—Por favor, quédate un momento —dijo Tanner, sentándose de nuevo en el sillón.

Cuando se volvió, Abby vio que estaba mirándola otra vez con aquella sonrisa en los labios. «Debe de besar de maravilla», pensó tontamente.

—Si me dices el nombre de la *boutique* donde sueles comprar, dentro de una hora tendrás aquí otra blusa.

Ella contuvo una carcajada. Primero, porque le habría salido como una risita histérica y segundo porque no pensaba decirle que la había comprado en las rebajas por diez dólares.

—No hace falta. Tengo otra camisa en la taquilla, gracias.

Por supuesto, en la taquilla sólo tenía un paquete de chicles, pero no pensaba decírselo. Lo que tenía que hacer era largarse de allí antes de que le diera quince días para encontrar otro empleo.

—¿Desde cuándo trabajas aquí, Abby?

«Oh, no. Se acabó. Va a despedirme».

—Desde hace poco más de un año, señor Tanner.

—¿Por qué no te sientas un momento?

—Muy bien, señor.

—Quiero hablarte de algo.

Abby se sentó al borde de la silla, nerviosa.

—¿Va a despedirme? Siento mucho lo del café. Y el incendio en el departamento de correo la semana pasada no fue culpa mía…

Le pareció ver cierta burla en los ojos oscuros del hombre, pero enseguida disimuló.

—No, no es eso. Voy a pasar el fin de semana en Minnesota, en casa del propietario de cierta empresa que estoy interesado en comprar.

¿Por qué demonios C. K. Tanner le contaba eso? A ella precisamente, la chica del correo.

—Pues me alegro mucho, señor. Espero que sea una buena inver…

—El problema es que quiere venderle su empresa a un hombre casado y como yo no lo estoy ni pienso estarlo, el asunto representa un problema —la interrumpió Tanner, echándose hacia atrás en el sillón—. Abby, necesito que te hagas pasar por mi esposa.

Ella parpadeó. Debía de haber oído mal. Seguro que había oído mal.

—¿Perdón?

—No me malinterpretes, es un viaje de negocios. Sólo debes hacerte pasar por mi mujer durante un fin de semana.

Ah, entonces había oído bien. ¿Había oído bien?

—Me temo que soy uno de esos hombres de negocios que siempre van al grano —dijo Tanner entonces.

—Ya veo —murmuró Abby.

—Tú no estás casada.

—No, pero…

—Estupendo. Entonces sería un honor para mí que me acompañases este fin de semana.

—¿Es una broma, señor?

—No —contestó él.

—¿Quiere que me haga pasar por su mujer durante un fin de semana?

—Sí.

—¿Y sólo sería un viaje de negocios?

—Por supuesto.

—Por supuesto —repitió ella, con una risita. No podía evitarlo. Todo era tan ridículo—. Lo siento, pero no puedo aceptar —dijo entonces, levantándose.

C. K. Tanner la estudió durante unos segundos.

—Te compensaré, desde luego.

—Me está pidiendo que mienta, señor Tanner.

Él asintió, tan tranquilo. Como si hubiera hecho aquello miles de veces, con miles de mujeres… y como si todas le hubieran dicho que sí. Pues ella no era como otras mujeres y no ayudaría a C. K. Tanner a engañar a nadie.

—Mi respuesta es «no» —repitió, empujando el carrito hacia la puerta—. Que tenga un buen día, señor Tanner.

* * *

Abby McGrady tenía carácter, pensaba Tanner unas horas después, mientras le abría la puerta al detective privado. Y no conocía a muchas mujeres así. Raramente lo sorprendía alguien… y más raramente era rechazado.

Y en menos de diez minutos, la señorita McGrady había conseguido ambas cosas. Lo intrigaba. Y no podía negar que se sentía atraído hacia ella… a pesar de su estirada actitud. Abby era de las que creían en el hogar y la familia, estaba seguro.

Pero tenía que convencerla para que fuese con él a Minnesota.

Tanner indicó al detective privado que se sentase. Había tenido tres horas para averiguar todo lo posible sobre Abby McGrady. Aunque él ya sabía que tenía lo necesario para hacerse pasar por su esposa: era inteligente, atractiva y elegante. Habría que cambiar su vestuario… pero lo más importante era que no estaba interesada en él; de esa forma el acuerdo sería puramente profesional.

—Su nombre completo es Abigail Mary McGrady —empezó a decir el detective, mirando un papel—. Se graduó en la escuela de Bellas Artes de Los Ángeles en 1998. Imparte clases de pintura los martes y miércoles en el centro cultural de Yellow Canyon, tiene un pequeño apartamento en West Hollywood y cumplirá veinticinco años el siete de octubre.

—¿El próximo domingo?

—Eso es.

—¿Alguna cosa más?

—Creo haber encontrado algo que será de su interés.

Mientras escuchaba al detective, Tanner esbozó una sonrisa.

Capítulo 2

La nota que encontró en la puerta de su clase estaba grabada en la mente de Abby:

> *Para estudiantes y personal del centro: Desgraciadamente, debido a la abrumadora demanda de cursos de informática, nos vemos obligados a cancelar las clases de pintura durante este semestre. La última clase tendrá lugar el viernes de la próxima semana. Lamentamos sinceramente las molestias que esto pueda ocasionar.*
>
> *Dirección del Centro Cultural de Yellow Canyon.*

¿Qué más podía torcerse aquel día?, se preguntó Abby mientras esperaba que sus alumnos terminasen una acuarela.

Primero tiraba una taza de café sobre el escritorio del jefe, después él le pedía que se hiciera pasar por su mujer durante un fin de semana… Y lo peor de todo era que, por un momento, como si estuviera hipnotizada, se había sentido tentada de aceptar. Con la vida tan solitaria que llevaba, un fin de semana con su guapísimo jefe no sonaba como un destino peor que la muerte.

Pero cuando recordó que C. K. Tanner no era sólo su jefe sino un conocido mujeriego, decidió rechazarlo.

Sólo sería un viaje de negocios, le había dicho. Por supuesto que sólo sería un viaje de negocios. C.

K. Ta
nner salía con modelos y actrices que llevaban vestidos de *Gucci* y perfumes de ochocientos dólares, no con una chica que empujaba el carrito del correo, compraba blusas de diez dólares y cuyo perfume favorito era el jabón de rosas.

Pero seguía preguntándose, ¿por qué ella? Con todas las mujeres que babeaban por el famoso C.
K. Ta
nner, ¿por qué se lo había pedido precisamente a ella?

Siempre sería un misterio, pensó. Seguro que el señor Tanner ya habría encontrado una esposa para el fin de semana.

—¿Habéis terminado? —preguntó cuando varias caras asomaron por encima de los caballetes.

Sus alumnos asintieron, con expresión triste.

Abby dejó escapar un suspiro.

—El centro gana más dinero con las clases de informática —dijo, intentando sonreír—. Pero ya se me ocurrirá algo, no os preocupéis. Tengo una semana para pensar.

—Yo no puedo pagar clases en otro sitio —se quejó un alumno.

—Yo no puedo ni pagarlas aquí —dijo otro.

Abby asintió.

—Lo entiendo, pero…

—¿Y si fueran gratis?

La voz masculina había llegado de la puerta y todos se volvieron, incluida Abby. Y su corazón empezó a latir como si quisiera salirse del pecho.

Era C. K. Tanner.

En lugar del traje de raya diplomática llevaba vaqueros y un simple *jersey*. Simple… ¡ja! Nada en C.
K. Ta
nner era simple.

Entró en el aula con la confianza de un general. Alto, moreno y guapo como el demonio. Los vaqueros le quedaban de muerte, pensó.

—Me llamo Tanner —informó a la clase—. Y soy amigo de Abby.

—Qué suerte —murmuró una estudiante.

—No es mi… —Abby iba a decir que no era su amigo, pero

decidió callarse—. No he cambiado de idea, señor Tanner.

—Tengo que hacerte otra proposición. Y ésta podría ser de tu interés —murmuró él, sentándose en la mesa, de cara a los alumnos —. Estoy aquí para ofreceros un edificio en el que podréis dar clases. Y en cuanto al alquiler…

—Ya estamos —suspiró un estudiante.

—Será de un dólar al mes —terminó Tanner.

Silencio. Los veinte alumnos lo miraban, atónitos.

Abby también estaba perpleja. ¿Cómo se atrevía a entrar en su clase y despertar las ilusiones de sus alumnos? ¿Cómo se atrevía a entrar en su clase y… hacer que el corazón se le pusiera en la garganta?

Irritada, lo tomó del brazo.

—Venga conmigo.

Una vez en el pasillo se volvió, dispuesta a cantarle las cuarenta… Pero se le torció un tacón y terminó cayendo en sus brazos.

¿Por qué tenía tantos accidentes cada vez que C.
K. Ta
nner estaba cerca? ¿Era una maldición?

—Ya te tengo —dijo él, con una sonrisa en los labios.

Cómo le gustaba estar entre sus brazos. Era todo músculo, todo fuerza y…

«Abby, contrólate». «Es tu jefe y es un cretino».

—¿Qué está haciendo aquí, señor Tanner? —preguntó, cuando pudo apartarse.

—Parece que estoy salvándote el cuello… y tu clase. Ahora tienen un sitio donde…

—¿Cómo sabía que necesitábamos un sitio?

—¿Y eso qué más da? Lo importante es que lo necesitas.

—No tengo que preguntar por qué está haciendo esto, pero ahora mismo mis alumnos sí están preguntándoselo… y seguro que alguno ya ha llegado a alguna conclusión obscena.

—¿Cómo cuál? —preguntó él, levantando una ceja.

—Eso no tiene gracia.

—¿Por qué te importa tanto lo que piense la gente, Abby?

—¿Y por qué no le importa a usted un poco más? —replicó ella —. Mire, señor Tanner, no entiendo nada. ¿Por qué yo? Debe de

haber cien mujeres que lo harían encantadas.

—Necesito una extraña —contestó él—. No quiero que lo sepa nadie y tampoco quiero que… mis amigas piensen que estoy ni remotamente interesado en el matrimonio. ¿Lo entiendes?

—Me temo que sí —suspiró ella.

—Toma. Quizá esto te ayude a tomar una decisión —dijo Tanner entonces, sacando un sobre del bolsillo.

Abby lo abrió como si dentro hubiera una tarántula.

—¿Qué es esto?

—Un contrato y las llaves de un edificio de tres plantas en el centro de la ciudad. Puedes pagarme los doce dólares por adelantado o al final del año, como quieras. Me da igual.

Abby sacó las llaves, incrédula. ¿Un edificio de tres plantas durante todo un año? ¿Por doce dólares? ¿Qué demonios esperaba de ella durante aquel fin de semana? Tenía que haber más…

—Tres días. Eso es todo. Y seguramente yo estaré en la fábrica casi todo el tiempo. Además, dormiré en el sofá o en la bañera… para que te sientas cómoda.

Ella levantó los ojos al cielo.

—¿Para que yo me sienta cómoda?

—No tienes nada de qué preocuparte, te lo aseguro —dijo Tanner entonces, con aparente sinceridad.

Abby abrochaba y desabrochaba el cuello del cárdigan, nerviosa.

—No sé…

—Seguro que podrías hacer muchas cosas en ese edificio.

Desde luego que sí. Eso salvaría sus clases de pintura. Y con su propio espacio, podría tener un grupo de niños, dar clases de escayola, de arcilla… pero ¿a qué precio? Estaría rompiendo el juramento que se hizo a sí misma años atrás de no dejar que ningún ricachón invadiese su vida. Además, tendría que mentirle a gente a la que ni siquiera conocía.

Pero sus alumnos, los niños… Casi merecía la pena.

—¿Dormiría en la bañera? —preguntó, incrédula.

Tanner levantó dos dedos.

—Palabra de *boy scout*.

Abby dudaba que hubiera sido *boy scout*, pero…

—¿Tres días?

—Además del tiempo que hará falta para transformarte y darte

los datos que necesitas.

—¿Tengo que transformarme? ¿Y a qué datos se refiere?

—Tienes que saberlo todo de mí. Mis costumbres, lo que me gusta, lo que no me gusta… —sonrió él, mirándola de arriba abajo —. Eres una mujer guapísima, Abby. No entiendo por qué lo escondes. Pero creo conocer a alguien que puede ayudarnos —dijo entonces, sacando el móvil del bolsillo—. Mañana iré a buscarte a la una.

—¿Y el trabajo? Salgo a las dos y media —protestó ella, atónita.

—Tienes dos días libres —contestó Tanner—. Cortesía del jefe. Ah, y por favor, me gustaría que esto fuese confidencial.

—Un momento. Todavía no he dicho que sí.

C. K. Tanner sonrió.

—Sí lo has dicho. Lo he visto en tus ojos.

Abby apretó los dientes. Era cierto, aunque hubiera deseado tirarle las llaves a la cara. Pero sus alumnos, pensó mirando hacia el aula, dependían de ella. No sólo eso. Si aceptaba tomar parte en aquella farsa, el curso para niños podría empezar inmediatamente.

Entonces volvió a mirar a Tanner. Los ojos castaños prácticamente la atravesaban y su pulso se aceleró. Se sentía como si tuviera dieciséis años. El tipo de hombre al que había jurado no acercarse jamás iba a ser su «marido» durante tres días.

—Lo haré… con condiciones.

—Por supuesto.

—Le daré una lista mañana.

—Muy bien —sonrió Tanner de nuevo—. Hasta mañana, Abby.

Ella lo observó alejarse por el pasillo, con el teléfono móvil en la mano. Completamente tranquilo y encantado consigo mismo.

Abby sacudió la cabeza, convencida de haber hecho un trato con el diablo. Y aunque le robara el alma, debía rezar para que dejase intacto su corazón.

* * *

-¿Estás enferma? —preguntó Dixie.

Abby levantó los ojos al cielo. Habría querido contarle lo del fin de semana con el jefe, pero no podía decir nada.

—Es sólo un dolor de cabeza —contestó, apretando el auricular.

—No te habías tomado un día libre desde que empezaste a trabajar aquí.

Abby se hundió más en el sillón de mimbre de su pequeña terraza.

—Me duele mucho la cabeza, pero se me pasará.

Era cierto. Tenía jaqueca desde el día anterior, desde que tiró el café en el despacho de C.
K. Ta
nner. Y allí estaba, esperando que fuese a buscarla para «convertirla en otra».

Había sido una locura aceptar el trato. Por mucho que la arreglase, ella no era ni sofisticada ni *sexy*. Era una pariente pobre, como mínimo, y se preguntaba si podría sobrevivir a aquel fin de semana con el orgullo intacto.

Si pudiera olvidarse del asunto… Pero la noche anterior le había dicho a sus estudiantes que las clases continuarían. Y por la mañana llamó a los padres de la lista de espera para decirles que comenzaban las clases. De modo que no podía dar marcha atrás.

Estaba tan perdida en sus pensamientos que apenas oyó a Dixie preguntar qué iba a hacer el día de su cumpleaños.

—¿Qué hacemos, vamos a un club de *boys* o a una discoteca?

Su cumpleaños. Horror. El domingo estaría en Minnesota. Afortunadamente, sus padres estaban fuera de la ciudad. Inventarse una excusa para ellos sería imposible.

—Prefiero esconderme debajo de una piedra —murmuró, sin saber qué decir.

—No entiendo por qué odias los cumpleaños. Es el mejor día del año, ¿no? Te hacen regalos, todo el mundo está pendiente de ti…

—Me gustan los cumpleaños de los demás. Pero cuando soy yo la que se hace mayor…

—Por favor, que vas a cumplir veinticinco —rió Dixie—. No eres una abuela precisamente.

—No es por vanidad. Es que ya debería haber abierto la escuela de arte y…

Abby no terminó la frase. Aquello era precisamente lo que iba a hacer. Ya no había excusa para sentir pena de sí misma. Su sueño iba a hacerse realidad… y todo gracias a C.

K. Ta
nner.

—Lo conseguirás, tonta —la animó Dixie—. Paso a paso, ya verás. Por cierto, ya sé qué podría alegrarte un poco.

—Me da miedo preguntar.

—Una cita. Mejor todavía, un hombre.

—¿Cuál es la diferencia?

—Uy, muchísima. Una cita es algo de una noche; un hombre es un novio, un marido, una pareja…

En la calle, el viento removió las hojas anunciando la llegada de un lujoso *Mercedes* negro. Tenía que ser C.
K. Ta
nner. Aquél era un vecindario modesto, con casas de estilo español convertidas en apartamentos. Un vecindario de coches domésticos, nada de *Mercedes*.

El corazón de Abby se aceleró. Y cuando salió del coche, tan guapo como siempre, tuvo que tragar saliva.

«Un novio, un marido», le había dicho Dixie. Abby contuvo una risita. Si su amiga supiera que iba a tener un marido durante tres días. Y que era ni más ni menos que C.
K. Ta
nner…

—Tengo que colgar. He de tomar… una aspirina.

—¿Vendrás a trabajar mañana?

—Pues no sé… depende de cómo me encuentre.

—¿De verdad no quieres que te lleve nada? Estoy a punto de salir de la oficina.

—No, gracias. Estoy bien. Sólo quiero meterme en la cama.

—Muy bien, cariño. ¿Qué tal si comemos juntas el lunes para celebrar tu cumpleaños?

—Perfecto.

—Y no creas que voy a olvidar lo del marido.

Un golpecito en la puerta hizo que Abby se levantara de un salto.

—Sí, claro. Yo te llamaré, Dixie.

Nerviosa, colgó el teléfono y corrió a abrir.

—Hola —la saludó Tanner, apoyado en el quicio de la puerta.

—Siento no haberlo recibido abajo, señor…

—No pasa nada —la interrumpió él.
—¿Quiere entrar?
—Sí, claro. Sólo un momento… para ver cómo vive mi esposa.
¡Esposa! Abby tuvo que hacer un esfuerzo para cerrar la boca mientras lo veía entrar en el salón. Llevaba vaqueros negros y un *jersey* del mismo color que destacaba sus anchos hombros, los poderosos *bíceps*…
«Recuerda por qué está aquí», se dijo a sí misma. Porque la había contratado, sencillamente.
—¿Quiere tomar algo, señor Tanner?
—No, gracias.
Lo observó caminar por el apartamento mirando sus fotografías, los libros, los muebles… Se detuvo delante de uno de sus cuadros, el retrato abstracto de un hombre cuyos ojos sólo eran un borrón gris.
—¿Quién lo ha pintado?
—Yo —contestó ella.
C. K. Tanner vaciló un momento.
—Tienes mucho talento, Abby.
—Parece sorprendido.
Él sacudió la cabeza.
—Impresionado, más bien. Incluso un poco envidioso. Me gusta el arte y puedo reconocer una buena obra… incluso comprar una galería si quisiera. Pero no tengo talento.
—Algunas personas tienen talento para el arte y otras para los negocios, supongo.
—Desde luego, tú tienes madera de artista —murmuró él, sin dejar de mirar el retrato—. ¿Quién es?
—Un hombre al que conocí hace tiempo. No veía bien.
—¿Era ciego?
—Algo así.
Tanner se volvió entonces para mirarla con sus penetrantes ojos castaños, como si quisiera leer sus pensamientos.
—¿Nos vamos? —murmuró Abby, incómoda.
Él asintió y, unos minutos después, estaban frente al coche.
—Gracias, señor Tanner —murmuró ella cuando le abrió la puerta.
El *Mercedes* tenía asientos de piel y ni una mota de polvo en el

salpicadero. Perfecto, inmaculado, como él.

—No puedes llamarme «señor Tanner». Creo que a partir de ahora deberías llamarme sólo Tanner.

—¿No debería llamarlo por su nombre de pila?

—Nadie me llama por mi nombre de pila —contestó él sin dar más explicaciones—. Durante los próximos tres días no serás mi empleada. No es ésa la impresión que quiero darle a Frank Swanson, así que llámame Tanner. Y si te sientes valiente, «cariño» o «cielo».

Ella se puso colorada, pero de indignación.

—Perdone, pero creo que deberíamos recordar que soy su empleada, señor… digo Tanner.

—«Digo Tanner», eso me gusta —rió él.

Se quedaron en silencio durante un rato, hasta que entraron en la autopista.

—Cuando lleguemos a casa empezará la transformación. Tienes dos horas. Después cenaremos juntos para conocernos un poco mejor. He decidido que seamos recién casados que intentan no llamar la atención…

—¿Y lo creerán?

—Como la prensa sigue mis pasos, le diremos a Frank Swanson que nos hemos casado en secreto —siguió él—. Este fin de semana, el tema de conversación deberían ser los negocios, pero tú puedes hablar de…

Siguió dándole detalles, pero Abby estaba demasiado desconcentrada. O mejor dicho, estaba concentrada en cómo se movían los músculos de su antebrazo cada vez que cambiaba de marcha.

Sabía que debía escuchar sus instrucciones, pero era como ser adiestrada por el Pentágono. Decidió entonces preguntar algo que realmente fuera de interés:

—¿Quién es Frank Swanson?

—¿Has oído hablar de los chocolates Swanson?

—¿En serio? —rió ella—. Siempre tengo una tableta de su chocolate con almendras en la nevera.

Tenía una bonita risa, pensó Tanner. Era más bien ronca, suave, acariciadora. Pero era su sonrisa, una sonrisa que empezaba en los ojos, la que le hacía olvidar que aquello solo era un acuerdo

comercial. Y debía recordarlo.

Cuando salieron de la autopista Abby bajó la ventanilla para respirar el aire del mar.

—Debe de gustarte mucho el chocolate, ¿no? —preguntó, tuteándolo por primera vez.

—Nunca lo como.

—Entonces, ¿por qué quieres comprar la empresa de Swanson?

Tanner soltó una carcajada.

—¿Qué?

—Bueno, a lo mejor es una pregunta muy ingenua, pero me gustaría saberlo.

—Quiero comprarla porque es un buen negocio.

Abby miró a un lado y otro de la carretera rodeada de palmeras.

—¿Vives en Malibú?

—Pareces sorprendida.

—Pensé que eras el tipo de persona que vive en Beverly Hills.

—¿Y qué tipo de persona es ésa?

—Alguien a quien le gusta estar en la ciudad, cerca de la acción y de las… cosas bonitas.

—¿Como el teatro chino? —bromeó él.

Hasta los nativos de Los Ángeles bromeaban sobre la falta de vida cultural en la ciudad.

—Quizá deberías contarme algo sobre ti mismo. Sobre tu familia, por ejemplo.

Tanner recordó entonces cosas que no solía recordar. La muerte de su madre, por ejemplo. O a su padre, un mujeriego que lo envió a un internado. Pensó en su solitaria infancia sin padres, sin vacaciones familiares, pensó en los días y las noches en las que tuvo que aprender a controlar sus emociones, a endurecerse.

—Tengo treinta y dos años, nací el veinte de junio en Manhattan. Corro diez kilómetros todos los días, prefiero el *whisky* al vino y raramente me voy a la cama antes de las dos.

—Vaya… eso es contar la vida en diez segundos —murmuró Abby.

Normalmente, era suficiente para satisfacer a las chicas que conocía. Tanner atravesó un portalón de hierro en el que había un cartel de «Propiedad Privada». Y tendría que ser suficiente para satisfacer a una chica con la que sólo pensaba pasar un fin de

semana.

—Muy bien. Voy a hacerte una revelación: éste es mi primer matrimonio.

—Eso ya lo me imaginaba —sonrió ella.

—Abby…

Pero Abby no respondió. Estaba mirando por la ventanilla como transfigurada, con los labios entreabiertos… unos labios jugosos que le hubiera gustado acariciar con el dedo, rozar con su lengua…

Pero no lo haría.

—¿Te gusta la casa?

—Es preciosa —murmuró ella.

Parecía extrañamente triste.

—¿Pero?

—¿Pero qué? —preguntó Abby, saliendo del coche.

—Yo me dedico a estudiar las reacciones de la gente y sé cuándo alguien no está contándome algo.

—Es que es… enorme.

Tanner abrió la puerta y entraron en un vestíbulo con suelo de mármol negro, una escalera de caracol, carísimos cuadros en las paredes…

—¿Vives solo?

—Sí.

Desde luego que sí. De hecho, nunca había llevado una mujer allí. Era su refugio, donde se relajaba de la dura semana de trabajo.

Tenía un *dúplex* en el centro de la ciudad, donde llevaba a sus amigas. Podría haber llevado a Abby allí, pero la casa de Malibú le pareció más apropiada para cenar con ella.

—No debes de pasar mucho tiempo aquí. No hay fotografías, ni recuerdos… Deberías poner algo. No es justo para la casa.

¿No era justo para la casa? ¿Qué significaba eso? Aquella casa era precisamente como él quería: cómoda y funcional. No quería tener un montón de trastos por todas partes, fotografías de la familia, objetos decorativos… eso no le interesaba nada.

Tanner sacudió la cabeza. Nunca había conocido a nadie que dijera lo que pensaba o preguntase lo primero que se le ocurría. La gente que no pensaba antes de actuar solía ir encaminada al desastre, en su opinión.

¿Sabría Abby eso? Afortunadamente, sólo estaría con él durante

tres días.

—¿Por qué no subes al primer piso? El equipo está esperándote.

—¿El equipo? ¿Qué equipo?

—El que va a transformarte.

—¿Necesito todo un equipo?

Tanner no pudo evitar una sonrisa.

—No lo creo, la verdad.

—Pensé que querías saber algo sobre mí —dijo Abby.

—Más tarde, durante la cena. Ahora tengo trabajo —suspiró él, entrando en una habitación.

Sólo era en parte mentira, pensó, mientras la observaba subir por la escalera moviendo suavemente las caderas. Tenía trabajo, siempre tenía trabajo.

Pero aquella vez era una excusa excelente para alejarse de la pelirroja que estaba empezando a hacerle perder la cabeza.

Capítulo 3

—Cariño, tienes una estructura ósea estupenda —el maquillador, que insistía en ser llamado «La George», juntó las manos en señal de admiración—. Por no hablar de un pelo divino.

Wanda, la peluquera, asintió.

—Desde luego que sí.

Donald, el último miembro del equipo, colocó dos vestidos, uno detrás de otro, bajo su barbilla.

—Un color de piel estupendo. Yo creo que el verde de escote palabra de honor te pega con los ojos. Vamos a trabajar, chicos. ¿Preparada, Ceni?

—Me llamo Abby.

—No, hoy no. Hoy te llamas *Cenicienta* —rió el joven.

Abby sonrió también, apartándose un rizo mojado de la cara. Se preguntó si sabrían la razón para aquella transformación… Seguramente no. C. K. Tanner no era la persona más abierta del mundo, pensó, recordando el brevísimo resumen que había hecho de su vida.

Conciso y directo al grano. Pero había dejado fuera muchos detalles interesantes.

Aunque también en su vida había detalles interesantes que no pensaba contarle. Como por ejemplo, que su actitud sofisticada le recordaba a Greg, un canalla que había utilizado sus encantos para convencerla de que también él la amaba. Con el solo objetivo de llevarla a la cama.

Abby dejó escapar un suspiro. ¿Por qué estaba comparándolos? Aquello no era el instituto y su jefe no tenía interés en ella.

«La George» sonrió, con un perfilador de labios en la mano. Aquello no tenía nada de romántico, pero si el equipo quería pensar que era *Cenicienta*… Que se divirtieran, también así se divertiría ella.

Mientras Wanda sacaba el secador, Abby miró la habitación. Era una especie de cuarto de estar de dos alturas, muy diferente al piso de abajo. El vestíbulo era moderno, frío y, sin embargo, aquella habitación era cálida e invitadora. Techos altos, cortinas azules y sofás de terciopelo color beige. A través de las ventanas, que ocupaban toda una pared, podía verse el mar. Sobre los escalones que dividían la habitación en dos alturas, dos sofás de piel frente a una enorme chimenea.

Todo eso hacía que el propietario le pareciese aún más enigmático y se preguntó qué cosas, además de un cuarto encantador, escondía el serio y formal C.
K. Ta
nner.

Entonces se le encogió el estómago. ¿Podría hacerse pasar por la esposa de un millonario durante tres días?

—Levanta la cabeza —le pidió «La George», con una borla de polvos en la mano.

Buen consejo, pensó ella. Eso era lo que iba a hacer. Porque su futuro y el futuro de su escuela de arte dependía de ello. Sencillamente, mantendría la cabeza bien alta y haría lo que pudiera para que el hombre del chocolate la creyese una millonaria.

* * *

Mirándose en el espejo de la entrada, Tanner se ajustó la corbata marrón de *Armani* y miró su reloj. Dos horas y media. ¿Qué estaban haciendo en el piso de arriba?

Había llamado a la puerta veinte minutos antes, pero Wanda le había dicho que aún no estaba preparada.

Abby era una chica preciosa y no necesitaba tanta ayuda, pensó. Casi tenía miedo de ver lo que le habían hecho.

Entonces se abrió una puerta y Tanner oyó risitas. Y después el sonido de unos tacones en la escalera.

—Por fin —murmuró—. No sé si te gusta el vino, pero he abierto dos…

No pudo terminar la frase. La visión que bajaba por la escalera lo dejó sin aliento. La ropa ancha y el pelo desordenado habían desaparecido. Sus ojos verdes parecían lanzar destellos, reflejados en el vestido verde, que le llegaba por encima de la rodilla, marcando unas curvas que sólo había imaginado.

Los rizos, que solía llevar sujetos en una coleta, caían por debajo de sus hombros como una cascada de fuego. Y otra cosa en la que no había reparado: Abby McGrady tenía una figura de escándalo. Tanner sintió un calor repentino entre las piernas.

Le recordaba a una pintura de *Botticelli*. Inocente y *sexy* al mismo tiempo. Un problema, desde luego.

Entonces se dio cuenta por primera vez de lo que había hecho. Elegir a una mujer que no se sentía atraída hacia él, una mujer que lo intrigaba, una mujer que empezaba a hacer que se cuestionase sus reglas sobre las «buenas chicas».

Cuando llegó al último escalón, Abby sonrió tímidamente.

—¿Qué te parece?

Imágenes de una piel de porcelana, cuerpos desnudos y un cabello rojo flotando con la brisa del mar aparecieron en su mente. «Cálmate, chico», se dijo a sí mismo.

—Estás bien, Abby.

Ella se quedó de piedra. ¿Bien? Llevaban más de dos horas arreglándola, peinándola y maquillándola… ¿y sólo estaba bien? No esperaba que le dijese: «estás increíble», pero «guapa» habría estado mejor. O «muy guapa».

Decepcionada, dejó escapar un suspiro. Se sentía hermosa por primera vez en la vida y quería oírselo decir. Quería que le dijera que estaba preciosa, tan preciosa como las modelos con las que salía. Pero sólo le había dicho que estaba «bien».

«Es tu jefe, Abby. No estás aquí para recibir halagos, sino para trabajar».

Tanner se pasó una mano por el pelo, nervioso.

—Tenemos que hablar.

—Muy bien —dijo ella, sin mirarlo.

—La cena ya debe de estar lista. Ven conmigo.

Aquello no era real, se dijo Abby a sí misma mientras lo seguía por el pasillo. Sólo era un acuerdo comercial. Ella se hacía pasar por su esposa y, a cambio, él le permitía usar un edificio para dar clases. Nada más.

Tanner no era su marido, aquélla no era su casa y no solía llevar vestidos de cinco mil dólares ni sandalias de tacón de aguja. Pero lo haría durante tres días. Se sentía como una princesa y pensaba pasarlo lo mejor posible.

—Quiero enseñarte algo —dijo él entrando en lo que parecía un despacho.

Era una habitación preciosa… para quien buscase quedar bien con sus amistades. Techos altos, paredes blancas y una chimenea de piedra que no parecía haber sido usada nunca. Y, de nuevo, ni fotografías, ni detalles personales.

Con el mar al fondo y sus ventanas del techo al suelo, Abby estaba segura de haber visto aquella habitación en las páginas del *Architectural Digest*.

Y menuda vista, pensó, saliendo a la terraza para respirar el aire del mar. El espectáculo que la Madre Naturaleza ponía frente a ella era increíble. Estaba anocheciendo y una franja roja como el fuego se levantaba sobre el horizonte, mezclada con el naranja que flotaba sobre el océano.

—¿Abby?

Ella se volvió bruscamente, percatándose de que estaba perdida en sus pensamientos.

—Debe de ser maravilloso vivir cerca del mar.

—Desde luego que sí —sonrió Tanner, tomando una cajita de terciopelo.

—¿Qué es eso?

—Los anillos.

Los anillos. No había pensado en ello.

—Eran de mis abuelos —dijo él entonces.

Abby miró, atónita, un anillo de platino con un enorme diamante y la alianza, de platino también.

—No puedo ponerme eso.

—Somos recién casados. Sería un poco raro que no llevásemos alianza, ¿no?

Por supuesto, tenía razón. Era algo en lo que no había pensado, un detalle que, por supuesto, a C.
K. Ta
nner no le pasaría desapercibido. Pero la intimidad del gesto la tomó por sorpresa. El anillo de su abuela en el dedo…

Eso haría que la charada pareciese auténtica. Cada mirada, cada sonrisa, la haría sentirse conectada a él. No lo deseaba, pero ¿qué podía hacer?

—¿No te gusta?

—No es eso… —empezó a decir Abby.

Pero no terminó la frase. ¿Gustarle? Claro que le gustaba. El anillo de compromiso era una belleza, el diamante reflejaba todos los colores del arco iris.

—Si quieres un diamante más grande, podemos arreglarlo —dijo Tanner entonces.

—No, éste es precioso. ¿Por qué iba a querer uno más grande?

—Espero que te quede bien. ¿Puedo? —murmuró él, tomando su mano.

Algo le dijo que se pusiera el anillo y saliera corriendo del despacho a toda velocidad. Pero no se movió.

Cuando Tanner estaba poniéndole el anillo, la brisa que entraba por la ventana movió las cortinas. Como una señal, pensó Abby tontamente.

—Te queda perfecto —dijo él, acariciando mano—. Un color de uñas muy bonito.

—Se llama «Tentación».

—Desde luego, lo es.

¿Qué podía decir en aquel momento, con Tanner clavando sus ojos en ella?

—Es mi turno.

—¿Perdona?

—El anillo. ¿Quieres que te lo ponga yo?

Tanner soltó una risita.

—Puedes ponerme lo que quieras.

Abby sintió que le ardía la cara. Cuando no tropezaba o tiraba algo, decía algo que podía entenderse como una insinuación.

—Lo que quería decir…

—No te preocupes, lo sé —dijo él, colocándose la alianza—. Me

queda un poco estrecha. Pero podré soportarla durante un fin de semana.

En alguna parte sonó una campanita. Un sonido suave que pareció despertarla de aquel estado de semi trance.

—Están llamando al timbre. Creo.

—No, están avisándonos para cenar, señora Tanner.

Su pulso se aceleró de nuevo al oír aquello. C.
K. Ta
nner tenía una voz ronca, acariciadora, muy masculina. Y ella estaba empezando a creerse la charada.

Debía recordar que *Cenicienta* se convertía de nuevo en una pobre criada a medianoche… o en aquel caso, el lunes. Y que las ardientes miradas del príncipe azul sólo eran una actuación.

* * *

Tanner intentó recordarse a sí mismo que había elegido a Abby McGrady porque trabajaba para él. No la había elegido para que lo tentase ni para que lo cautivase, ni para que lo hiciera reír. Pero aquella noche, todo parecía ir mal.

No solía cenar sin camareros o compañeros de mesa que lo mantuvieran entretenido. Y, sin embargo, nunca había tenido una conversación tan interesante: libros, arte, música, vino. Pero la verdad era que cuando salía con alguna chica, lo último que le interesaba era la conversación.

—¿Otra copa?

Abby negó con la cabeza.

—No, mejor no. Más de una copa y puedo… bueno, digamos que quiero mantener la cabeza sobre los hombros. ¿Tú has bebido demasiado alguna vez, Tanner?

—Una vez, en la universidad. Y nunca más.

—Seguro que no pudiste soportar esa sensación de tranquilidad, de no tener que controlarlo todo.

—Si llamas tranquilidad a despertarse en una fuente, estoy de acuerdo contigo.

—¿En serio? —rió Abby.

—Desde luego que sí. Justo bajo la estatua del fundador de la

universidad.

No sabía por qué le había contado algo tan tonto. Pero su compañía despertaba algo nuevo en él. Y eso lo molestaba mucho.

—Como tú me has mostrado una de tus cicatrices, por llamarlo así, es justo que yo te muestre las mías —dijo ella entonces.

En ese momento, a Tanner le gustaría ver cualquier cosa que Abby le enseñara. Piel de porcelana, hombros preciosos, un par de piernas interminables… Tuviera donde tuviera una cicatriz, le gustaría verla.

«Espabílate», se dijo a sí mismo. «Estás actuando como un adolescente».

—¿Tú también despertaste en una fuente? —preguntó con voz ronca.

—No, lo mío fue peor.

—Cuéntamelo.

—Estudié en la escuela de Bellas Artes y mis padres tuvieron que hacer muchos sacrificios para pagarme la carrera, pero no tenían dinero para los libros y todo lo demás.

—No me digas que tu cicatriz es haber vendido sangre para comprar libros.

—No, claro que no —dijo Abby, poniéndose colorada—. Sólo hice de modelo en la escuela.

Un incendio se desató en el interior de Tanner. Intentaba por todos los medios no imaginarla posando desnuda, pero fracasó.

—Tú… —empezó a decir, tartamudeando por primera vez en su vida—. ¿Posaste desnuda?

—Es arte. Y es muy hermoso.

—Seguro que sí.

—Y, aunque sea difícil de creer, no hay nada sexual en ello.

—Ya.

Aquella conversación tenía que terminar o acabaría pasando la noche bajo una ducha fría.

Tanner se aclaró la garganta.

—¿No dijiste algo ayer sobre una serie de condiciones?

Abby asintió.

—No he hecho una lista por escrito. Pero he pensado que debemos ser respetuosos el uno con el otro durante el fin de semana. Sé que esta situación exige que… en fin, que nos toquemos.

Así que he decidido que darnos la mano y algún beso ocasional estaría bien.

—De acuerdo —asintió él, preguntándose dónde podría besarla en esas ocasiones—. ¿Alguna cosa más?

—Sí. Me reservo el derecho de poner condiciones según vea el panorama.

Los dos se miraron durante unos segundos hasta que Abby soltó una risita. Tanner sonrió también, no sabía por qué.

—¿Has estado en Minnesota alguna vez?

—Mi tía vivía en el lago Minnetonka. Era un sitio precioso, sobre todo en esta época, al principio del otoño. Con las hojas de tantos colores… es como una obra de arte, ¿no te parece?

Abby tomó un sorbo de agua y él observó el brillo del diamante en su dedo.

—Yo sólo he estado en el aeropuerto, lamentablemente.

—Ah, qué pena. Tienen unos manzanos maravillosos. Me encantaría plantar un manzano, pero ya has visto que no tengo jardín —suspiró ella.

Su perfume, que parecía envolverlo, empezaba a hacerle perder la cabeza. Y aquella piel tan suave, aquel cuello largo… parecía estar pidiendo un beso a gritos.

«Espabílate de una vez», se dijo. «Abby McGrady es tu empleada. Y una chica tradicional. Una combinación muy peligrosa».

El ama de llaves dejó el postre sobre la mesa y desapareció con una sonrisa. *Crème brûlée*.

—¿Ocurre algo? —preguntó Tanner, al ver que ella hacía una mueca.

—No, en absoluto. Me encanta.

—Abby…

Ella iba a insistir en que le gustaba aquel postre tan lujoso, servido en una copa de cristal, pero hasta el momento habían sido sinceros el uno con el otro. Incluso demasiado.

—¿Quieres saber la verdad? Estas cosas tan elegantes me ponen un poco nerviosa.

—Creo que hay helado en la nevera —sonrió él.

—Ah, eso sí —dijo Abby, levantándose alegremente—. Tengo una idea.

Cinco minutos después, con la chaqueta tirada sobre una silla de

la cocina y la corbata suelta, Tanner se enfrentaba con una copa de helado. Abby le dio el resto de la noche libre al ama de llaves y se puso a trabajar. Junto al helado, un bol con trozos de plátano, otro con frambuesas y el último, con trocitos de chocolate.

—Muy bien —dijo entonces, poniéndole una servilleta en el cuello de la camisa y colocándose otra sobre el vestido—. A comer.

—No hay almendras —protestó Tanner.

—Pero tenemos chocolate. Y tienes que aprender a amar el chocolate.

—¿Ah, sí?

—Claro que sí. Va a ser tu nuevo negocio.

—Ya.

Había dicho «ya», pero en sus ojos veía algo muy diferente. Algo que no entendía bien.

Pero no preguntó. En lugar de hacerlo, devoró su helado con sumo placer y él comió el suyo despacio, saboreando cada cucharada. Después, se relamió, riendo.

—La mejor cena de negocios que he tenido nunca. Gracias por la sugerencia.

«¿Mira así a una mujer antes de besarla?», se preguntó Abby.

Nerviosa, se levantó para limpiar la cocina, preguntándose cómo demonios iba a soportar esa mirada, esa sonrisa y esos ojos durante todo un fin de semana.

* * *

El mar era turbador de noche, pensaba Abby, mirando por la ventanilla del coche mientras tomaban la autopista. Tenía que admitir que en eso lo envidiaba. Tanner iba mirando la carretera, su perfil serio, la sombra de barba dándole un aspecto más peligroso.

Muy bien, se sentía atraída por C. K. Tanner. ¿Y qué? ¿Era una más de las miles de mujeres que se tirarían a sus pies? No. Ella no.

Aquella noche había sido… divertida y fascinante. No se tropezó, no había roto nada. Al contrario, estaba guapísima y un poco achispada por el vino, había contado uno de sus secretos y descubierto que el serio y controlado C.
K. Ta

nner no era siempre serio y controlado.

Odiaba admitirlo, pero después de aquella noche deseaba que empezase el fin de semana. Tanto como lo temía.

—Deberías haberte llevado el vestido —dijo él entonces—. Era para ti.

Había cambiado de marcha y Abby observó su musculoso antebrazo, tan cerca de ella. Era un gesto tan potente, tan de hombre en control que sintió un escalofrío.

—Ese vestido no pegaría en mi armario, pero gracias.

—Haré que lo guarden en la maleta junto con los demás. No sé si habrá oportunidad para ponerse un vestido de noche en Minnesota, pero hay que estar preparado.

—¿Aprendiste eso en los *boy scouts*?

Tanner detuvo el coche frente a su apartamento.

—Yo nunca he sido *boy scout*.

—¿Ah, no? —rió Abby.

Le gustaba oírla reír. No era como ninguna otra chica que hubiera conocido y sentía el absurdo deseo de besarla, sólo una vez, para ver cómo era.

¿Qué demonios le estaba pasando? Era guapa y simpática, pero también era la chica que le llevaba el correo todos los días. Pertenecían a dos mundos completamente diferentes. Aquello era un acuerdo comercial que le reportaría muchos beneficios, nada más. No podía pensar en tonterías.

Pero si el fin de semana era tan turbador como aquella noche… iba a resultarle difícil.

Cuando abrió la puerta del coche para ayudarla a salir, ella no se movió.

—¿Qué pasa?

—Que estoy enganchada.

—¿Cómo?

—Que estoy enganchada. Se me ha enganchado el pelo en el cabecero del asiento.

Tanner soltó una carcajada.

—Siempre te pasan unas cosas tan raras…

—¿Eso es una pregunta?

—No, una afirmación —sonrió él, inclinándose para ayudarla—. ¿Cómo te has enganchado?

—¿Y yo qué sé? Tengo que salir de aquí. Me está entrando claustrofobia.

—¿Puedes arquear un poco la espalda?

—¿Para qué?

—Para que pueda desengancharte el pelo, Abby. No quiero hacerte daño.

Ella arqueó la espalda todo lo que pudo… unos tres centímetros, porque el cinturón de seguridad le impedía moverse más. Tanner alargó la mano para soltar su pelo y, al acercarse, su perfume casi lo mareó.

«Por Dios, estoy convirtiéndome en un adolescente».

Su cabeza estaba peligrosamente cerca de sus pechos…

—¿Has visto dónde está enganchado?

—Sí, creo que sí —murmuró él, con voz ronca.

Levantó el cabecero, soltó el rizo que se había enredado y la ayudó a salir del coche. Abby tenía el corazón acelerado mientras se miraban el uno al otro en la acera.

El viento movía las hojas, como cuando fue a buscarla. Era como si la Naturaleza se electrificase cada vez que estaban cerca. El mar, las hojas, el viento, todo conspirando para crear una atmósfera irreal.

—¿Quieres que te devuelva el anillo?

—No, quédate con él hasta el lunes —sonrió Tanner.

—Muy bien. Tengo que decir que me alegraré cuando llegue el lunes —dijo entonces Abby—. No me gusta mentir.

—Tampoco es mi estilo, pero me temo que esta vez es necesario.

—¿No podrías comprar la empresa sin mi ayuda? ¿Mostrarle a Frank Swanson cómo eres de verdad?

Tanner miró aquellos ojos verdes y pensó tontamente lo fácil que sería perderse en ellos.

—No tengo intención de mostrarle a nadie cómo soy de verdad.

—Pero si descubre que no estamos casados…

—No lo descubrirá —la interrumpió él—. Para cuando se seque la tinta del contrato, tú y yo estaremos divorciados.

—Hablas como si la institución del matrimonio fuese una banalidad.

—Para mí, lo es —dijo Tanner entonces.

No pensaba ponerse a discutir sobre el matrimonio. Aquel fin de

semana era un trato comercial, simplemente. Los padres de Abby McGrady seguían viviendo juntos y queriéndose, de modo que ella nunca entendería su visión del asunto.

—Vendré a buscarte mañana a las siete. El vuelo sale a las ocho y media. Buenas noches, Abby.

Después, se volvió hacia el coche sin mirar atrás. El matrimonio era una charada, como lo que ellos iban a hacer aquel fin de semana. Y él pensaba seguir soltero para siempre, pensó mientras entraba en el *Mercedes*.

Aquella noche dormiría en el *dúplex*. Eso, si podía dormir con el perfume de Abby pegado en la piel, en la ropa, en la cabeza…

Capítulo 4

—Aterrizaremos dentro de una hora, señor Tanner —le dijo la azafata en voz baja.

Él asintió. No quería moverse para no despertar a Abby, que dormía con la cabeza apoyada en su hombro. Parecía muy cansada cuando fue a buscarla por la mañana y debía estar bien despierta para su encuentro con los Swanson.

No había dicho una palabra sobre la conversación de la noche anterior y él lo agradeció. No estaba interesado en volver a hablar sobre el matrimonio.

En realidad, cuando Abby estaba cerca, no sabía bien en qué estaba interesado o lo que quería.

Ella no era el tipo de mujer al que estaba acostumbrado. No era lo que esperaba. La verdad, ocurrió algo durante la cena. Lo había pasado bien por primera vez… en mucho tiempo. Y no tenía nada que ver con las velas, ni con la cena, ni con los helados.

Después del despegue, intercambiaron un par de frases y estaba dormida desde entonces.

¿Cuándo fue la última vez que tuvo así a una mujer?, se preguntó Tanner, apartando un rizo de su frente. O más bien, ¿cuándo fue la última vez que se había sentido tan cómodo teniendo así a una mujer?

Parecía un ángel con el *jersey* de *angora* y los pantalones *beige*. Un ángel muy tentador, pensó, recordando el brillo fulminante de sus ojos verdes en el centro cultural. Había fuego en ella.

Tanner respiró profundamente. Daría cualquier cosa por sentir

aquel fuego debajo de él.

El olor de su champú era delicioso. Manzanas. A aquella chica le gustaban mucho las manzanas. Quizá le regalaría un manzano cuando terminase todo…

De repente, el avión hizo un brusco giro a la izquierda e, instintivamente, sujetó a Abby contra su pecho.

Entonces oyó la voz del piloto por el altavoz:

—Lo siento, señor Tanner. Nos hemos encontrado con algunas turbulencias, pero pasarán dentro de cinco minutos.

Mientras el piloto hablaba, el avión levantó el morro y descendió violentamente.

Abby se despertó entonces, sobresaltada.

—¿Qué pasa?

—Nada, sólo unas pequeñas turbulencias. No te preocupes.

El avión se inclinó a un lado y luego a otro.

—Ay, Dios mío. Vamos a estrellarnos.

—Mírame, Abby.

—¿Qué?

—Mírame.

—Me da mucho miedo volar… Bueno, me da miedo estrellarme —dijo ella, apretando su mano.

Su voz sonaba muy rara.

—¿Has tomado algo?

—Mi médico me dijo que tomase una pastilla para el mareo…

De nuevo, el avión giró con brusquedad y Abby cerró los ojos.

—¡Estamos cayendo en picado!

—No pasa nada —intentó tranquilizarla Tanner. Ella, temblando, apretaba con fuerza su mano—. No va a pasarte nada mientras yo esté aquí. ¿De acuerdo? Abre los ojos, por favor.

Abby abrió los ojos despacio. Algo pasó entre ellos entonces. Algo que Tanner no reconocía y probablemente no quería reconocer. Unos segundos después, el avión dejó de dar botes, pero Abby no rompió la conexión.

—No sé qué hacer.

Parecía tan vulnerable como un gatito, dispuesta para ser consolada, para ser besada. Y él no podía seguir negándoselo a sí mismo… Tanner inclinó la cabeza y la besó suavemente en los labios.

Sabía dulce como la miel. Y quería más. Se preguntaba si se apartaría y no podría culparla por ello. Pero no se apartó, todo lo contrario. Lo sujetó por el cuello de la chaqueta para acercarlo más.

Sin pensar, Tanner capturó su boca una y otra vez y cuando Abby abrió los labios, un anhelo intenso lo sorprendió.

—Tanner…

Algo ocurrió entonces. Quizá era el deseo que había en su voz, quizá que le gustaba demasiado besarla. O quizá era saber que había tomado una pastilla y no podía pensar con claridad.

—Tienes que dormir un rato.

Necesitaba apartarse de ella antes de que le hiciera olvidar que aquél era un viaje de negocios.

Abby lo miró durante unos segundos antes de volver a apoyar la espalda en el asiento.

—Muy bien —murmuró, mirando por la ventanilla.

Tanner abrió su maletín. Trabajo. Eso era lo que necesitaba para recuperar la cordura. Pero si conseguía concentrarse en los papeles sería un milagro. Seguía sintiendo el sabor de sus labios y quería más.

Pero no iba a tener más. Se había dejado llevar por un impulso, pero no era tonto.

Mentalmente, hizo una lista de todas las razones por las que no podía volverse y tomarla entre sus brazos: Abby era la clase de mujer que busca marido, había tomado un sedante y él había prometido restringir el contacto físico.

Era tan suave, tan dulce, con la mano apoyada en la ventanilla… pero había sentido una gran pasión en ella.

Estaba actuando como un idiota. Mujeres experimentadas que no ambicionaban un hogar eran lo suyo. No tenía tiempo para chicas inocentes y sin experiencia.

Con una excepción, aparentemente.

* * *

No pensaba volver a confiar en los médicos, se dijo Abby mientras miraba por la ventanilla de la limusina que los llevaba a casa de los Swanson. Con una pequeña ayuda farmacéutica había

conseguido olvidar su miedo a volar y quedarse dormida poco después del despegue.

Hasta que llegaron las turbulencias.

En todos los aspectos.

Hasta que dejó que Tanner la besara.

¿Dejarlo? Ella quería que la besara. De hecho, más que otra cosa, deseaba que Tanner la tomase en sus brazos allí mismo, en la limusina, y la besara hasta dejarla sin aliento mientras la brisa de Minnesota entraba por las ventanillas.

Abby tragó saliva. No estaba tan drogada como para no disfrutar de la suavidad de sus labios, de cómo se movía sobre su boca, de cómo su proximidad le hacía sentir escalofríos.

Pero el beso había sido un error de juicio momentáneo por ambas partes. Para Tanner, desde luego. Él fue el primero en apartarse.

Y en aquel momento, tras su espectacular llegada a la mansión de los Swanson, abrazarla era lo último que tenía en mente.

«¿Y cómo no?». «Acabo de hacer el más completo de los ridículos».

Medio dormida y un poco sedada todavía cuando llegaron a la fábrica de chocolate, Abby tropezó con unas cajas y cayó de bruces sobre una especie de tina de chocolate blanco.

Colorada como un tomate, dejó que Tanner la ayudara a levantarse. Ella tenía todo el *jersey* manchado con la líquida crema y él, la manga del traje de *Armani*. Lo único que salvó su orgullo fue que el señor Swanson, con mucho tacto, dijera que esas cosas pasaban a menudo en la fábrica.

—¿Has oído hablar de la llamada de la selva? Pues ésta es la llamada del chocolate.

Bajito y gordinflón, con una barba gris y unos ojos brillantes como los de *Santa Claus*, no había hombre más dulce que Frank Swanson. Y si no le hubiera prometido un edificio a sus estudiantes, Abby habría tomado un taxi para volver al aeropuerto.

—¿Necesitas una toalla? Estás un poco pegajosa —dijo Tanner.

—No, gracias.

—¿Seguro?

Sentado en el asiento de la limusina, parecía perfectamente tranquilo, como siempre, con expresión indescifrable, y no sabía si

estaba molesto con ella o no.

—Lo que me haría falta es un cepillo de raíz —sonrió Abby—. Creo que soy alérgica al chocolate… en la piel, digo.

—Muy graciosa —murmuró él.

—Lo siento. ¿Cuántas veces tengo que decirlo?

—Ya te lo diré.

—En realidad ha sido culpa tuya, Tanner.

—¿Ah, sí? Yo no te he empujado a la tina de chocolate.

—Pero me has obligado a ir contigo.

—¿Obligado? —rió él—. Intenta no volver a meterte en otra tina de chocolate, por favor.

Abby levantó los ojos al cielo.

—Intentaré ser la perfecta esposa de un hombre de negocios. Una mujer sumisa, silenciosa y devota.

Tanner no dijo nada. Mejor, pensó ella. Además, estaba claro que no le interesaba nada. El beso había sido… un accidente, se dijo.

—Los dos sabemos que no eres nada de eso —dijo Tanner entonces—. Además, yo no querría una esposa así.

—¿Y qué clase de esposa querrías?

Él vaciló, asombrado por lo que acababa de decir.

—Ninguna —contestó, mirando unos papeles.

Pero no podía concentrarse en las fluctuaciones del *euro*. Esposa. ¿Por qué había dicho una tontería semejante?

No le gustaba que las mujeres se hicieran ilusiones. Ellas sabían lo que quería y lo que no quería. Y después del beso en el avión, lo último que deseaba era darle a entender a Abby que podría estar interesado en una relación romántica con ella.

Además, ella era un estorbo. Con su torpeza en la fábrica podría haberlo estropeado todo. Pero no fue así. Todo lo contrario, a Frank Swanson le caía de maravilla.

Tanner se pasó una mano por el mentón. Lo que Abby no sabía era que cuando fue al baño para limpiarse el chocolate, Frank no dejó de hablar de ella: cómo le gustaba que no fuera una de esas mujeres bobas que no soportan mancharse las manos, cómo una de sus propias hijas cayó en una bañera de chocolate cuando era pequeña… a propósito, por supuesto.

Y, lo más sorprendente, que no dejase escapar aquella joya.

Tanner miró a Abby por encima de sus papeles. ¿Por qué no le había contado lo que Frank le dijo? ¿Por qué lo irritaba que cayese tan bien? Quizá porque él no podía permitírselo. Quizá porque tenía una imagen que proteger en el mundo de los negocios. Pero, asombrosamente, Abby McGrady gustaba a todo el mundo. A sus estudiantes, a los trabajadores de la fábrica de Frank, a Frank… a todos. Y Tanner envidiaba eso. Él podía intimidar o convencer, pero le gustaba a muy poca gente… muy poca gente lo conocía.

No pudo evitar una sonrisa al mirarla. Incluso con el *jersey* manchado de chocolate, era preciosa y demasiado *sexy*…

Estaba empezando a pensar que había cometido una estupidez al elegirla para que se hiciera pasar por su mujer… porque no podía dejar de recordar el movimiento de sus caderas al andar, su risa, el sabor de sus labios…

«No dejes escapar ese joya», le había dicho Frank Swanson. ¿Dejarla escapar? Si nunca la había tenido.

De nuevo, recordó sus labios entreabiertos y tuvo que carraspear para borrar aquella imagen de su mente.

Vio entonces que tenía una manchita de chocolate en el cuello y sintió el absurdo deseo de chuparla… ¿podía cometer dos errores en el mismo día?

Lentamente, dejó los papeles sobre el maletín y se inclinó hacia ella… En ese momento, el cristal que los separaba del conductor empezó a bajar, evitando que Tanner cometiese una estupidez.

—Hemos llegado, señor y señora Tanner —dijo el hombre, mientras tomaba el camino de piedra que llevaba hasta una mansión estilo *Tudor*.

La casa de los Swanson era espectacular y Abby se preguntó si se acostumbraría a vivir en una mansión así. Seguramente con la misma facilidad con la que podía acostumbrarse a ser llamada «señora Tanner». Al oírlo, su corazón había dado un saltito completamente absurdo.

Pero conocía bien la reputación de C.
K. Ta
nner y él mismo le dejó muy claro que no estaba buscando esposa. De modo que no le importaba. No iba a casarse con él. Era estupendo para un retrato, pero no como pareja.

Abby dejó escapar un suspiro cuando salió de la limusina. El

suelo estaba cubierto de hojas amarillas que crujían a su paso y la brisa movía las ramas de los árboles que rodeaban la casa. Al fondo, un lago. Era un paisaje de ensueño.

De repente, se abrió una enorme puerta de madera y Frank y una mujer guapa y gordita que debía de ser la señora Swanson bajaron los escalones de la mano, con una sonrisa de oreja a oreja. Le recordaban a sus padres, llenos de amor y de romance adolescente.

Frank le había dicho que llevaban treinta y dos años casados y solían darse la mano por debajo de la mesa… Tanner seguramente no le había dado la mano ni siquiera a un niño para ayudarlo a cruzar la calle.

Entonces se le ocurrió algo. ¿Dos personas tan enamoradas podrían reconocer a dos que apenas se conocían?

Tanner puso entonces un brazo alrededor de su cintura e inconscientemente, Abby se apretó contra él.

—Hola, soy Jan Swanson. Bienvenida a Minnesota. ¿Puedo llamarte Abby?

—Sí, claro —sonrió ella.

—Tú puedes llamarme Jan —dijo, volviéndose hacia Tanner—. Tú debes de ser C.
K. Ta
nner.

—Encantado de conocerte, Jan —sonrió él—. Gracias por invitarnos.

—De nada. Me habría gustado conoceros antes, pero Frank me ha hablado de vosotros.

Frank Swanson les hizo un guiño.

—Sólo he dicho cosas buenas.

—Entonces no te habrá contado que me caí de cabeza en una bañera de chocolate —sonrió Abby.

—Claro que sí —rió Jan—. Por eso sabía que ibas a gustarme.

—Vamos, hijo. Tengo que enseñarte una cosa —dijo Frank entonces—. Nos veremos más tarde.

—¿Te importa estar sin mí un ratito, cariño? —preguntó Tanner.

A Abby se le hizo un nudo en la garganta, pero consiguió tragar saliva.

—Lo intentaré.

—Hombres —dijo Jan cuando se quedaron solas—. Piensan que los necesitamos a todas horas cuando en realidad es al revés. Pero, por supuesto, nunca se lo diremos, ¿verdad?

—No, claro que no —sonrió ella, intentando no pensar que Tanner no la necesitaba. Que no necesitaba a nadie.

* * *

-¿Cuantas veces has visto *Willy Wonka y la fábrica de chocolate*?

Tanner se quedó mirando a Frank, atónito. Estaban en una especie de enorme granero convertido en laboratorio.

¿*Willy Wonka*? Había visto la película de pequeño, pero no recordaba el argumento.

—La vi de niño. El viernes por la noche era la noche del cine en mi internado.

—Yo también estudié en un internado. Es un poco solitario, ¿verdad?

—Sí, claro. Pero ahora tienes una familia.

—Sí, mi mujer, mis hijas… son una bendición —sonrió Frank—. Ya te enterarás.

—Sí, señor.

—¿Cuántos quieres tener?

—¿Cuántos qué?

—Hijos —rió Frank.

Tanner apartó la mirada, con un nudo en la garganta. ¿Por qué reaccionaba así ante una pregunta tan sencilla?

—Abby y yo todavía no lo hemos decidido.

—Es un reto, desde luego. Probablemente, el mayor reto al que una persona puede enfrentarse. Pero la recompensa… ah, Tanner. Ninguna compra, ninguna adquisición puede compararse con eso.

Él asintió. Normalmente, los empresarios no se ponían a hablar de cosas personales. Y se encontraba incómodo. A él no le importaba vivir solo y no estaba buscando una esposa ni una familia. Su padre tuvo un hijo y tardó poco en librarse de él.

—Eres un hombre de negocios muy inteligente —siguió Frank Swanson—. Seguramente ya sabrás que este fin de semana no era sólo de recreo. Sí, quiero conocerte y conocer a Abby y quiero que

vosotros nos conozcáis.

Tanner asintió.

—Nosotros también. Pero espero que encontremos tiempo para hablar de negocios. Tengo un plan…

No terminó la frase. La expresión de Swanson fue suficiente para dejarlo cortado.

—Además de conocerte, espero algo de ti. No es muy convencional y no sé si estarás dispuesto.

—Dime.

—En estos tres días, podrás hacer lo que quieras en el laboratorio.

—¿Cómo?

—Quiero que diseñes una chocolatina. Una Tanner original.

Él arrugó el ceño, sorprendido.

—No soy un *chef*. No esperarás que yo…

—Espero que lo intentes —lo interrumpió Frank—. No tiene que ser perfecta. Estoy más interesado en la creatividad.

—Mira, Frank. Yo soy un hombre de negocios y…

—Lo sé, pero los otros compradores tienen una vena creativa, un sentido del juego —dijo Frank Swanson entonces, mirándolo especulativamente—. Quiero ver el tuyo.

Tanner no sabía si reír o llorar. Lo decía en serio. ¿Creatividad? Que le preguntase por beneficios, porcentajes, estudios de mercado. Pero inventar una chocolatina… Era como pedirle que cargase con la Bolsa de Nueva York a la espalda.

—Debes tenerla terminada para el domingo por la noche, en la cena, cuando los otros dos interesados se reúnan en casa. Abby puede ayudarte, pero nadie más. Debes darme tu palabra.

Tanner apretó los dientes, frustrado. Evidentemente, aquello era parte del trato. Y reaccionó como cada vez que se encontraba frente a un reto: asintió, decidido.

* * *

¿Cuando un baño había sido tan maravilloso?, se preguntó Abby deslizándose hacia abajo en la bañera llena de espuma. No era estrecha y corta como la de su casa. Era un *jacuzzi* enorme con un

almohadón para apoyar la cabeza.

Qué curioso. Pensaba que Tanner y ella dormirían en casa de los Swanson. Un cuarto en la mansión habría sido mucho más seguro para dos personas que se hacían pasar por matrimonio. Pero no, Jan insistió en que, como recién casados, necesitaban privacidad, y la llevó hasta una casita de invitados, cerca del lago. Con una chimenea, cómodos sofás, gruesas alfombras y una cama enorme, la cabaña era todo menos rústica. Y parecía hecha para dos amantes.

Abby se deslizó aún más, hasta que sólo su cabeza asomaba por encima de las burbujas. Se había puesto colorada al ver esa cama.

¿Qué le pasaba? No podía estar interesada en alguien como C. K. Tanner. Era guapo y *sexy*… y besaba de maravilla, pero sabía muy bien que los niños de buena familia sólo salían con niñas como ella para divertirse una noche.

Tanner era irresistible, pero tendría que resistirlo.

Respirando profundamente, Abby cerró los ojos. La cena se serviría un par de horas más tarde y él estaba ocupado hablando de negocios con Frank Swanson. Tenía tiempo de relajarse.

* * *

Tanner casi podía sentir que le salía humo de las orejas mientras se dirigía a la cabaña del lago. ¿Crear una chocolatina? Aquel hombre estaba loco. Quizá por eso tenía que retirarse, porque estaba senil.

Cuando llegó a la puerta, no se molestó en llamar. Entró en el salón y miró alrededor, buscando a Abby. A Frank le caía muy bien, quizá ella podría convencerlo de que era una ridícula prueba.

Oyó música en el cuarto de baño y se dirigió resueltamente hacia allí. Pero entonces oyó un chapoteo. Estaba en la bañera.

—Demonios —murmuró, apoyándose en la pared.

Escuchó otro chapoteo y su sangre empezó a calentarse. Podía imaginarla con los ojos cerrados, los labios entreabiertos, sus rizos pelirrojos cayendo sobre la espalda, la suave piel de sus hombros por encima de las burbujas… Podía incluso ver la sombra de sus muslos, la curva de sus pechos bajo el agua…

Se le quedó la boca seca y tuvo que carraspear.

—Abby, tengo que hablar contigo.

Ella se incorporó en la bañera de un salto.

Tanner.

Estaba al otro lado de la puerta.

—Sí, muy bien —contestó, buscando el albornoz—. Enseguida salgo.

Ni gota de maquillaje, el pelo hecho un desastre. Pero se encogió de hombros. No estaba intentando atraerlo, se dijo.

Cuando salió del baño, Tanner estaba sentado en el sofá y la enorme cama era lo único que los separaba.

—¿Ya es la hora de cenar?

Los ojos del hombre se oscurecieron.

—Todavía no.

—Se me ha pasado el tiempo volando…

Los ojos oscuros eran tan penetrantes que Abby se preguntó si alguna mujer podría resistirse.

—La cena es dentro de media hora —dijo él por fin—. Pero es del postre de lo que quiero hablar contigo.

Abby abrió los ojos como platos.

—¿Del postre?

—No te preocupes —sonrió Tanner—. Es sólo un asunto de negocios. Siéntate, te contaré el problema.

Capítulo 5

Quien hubiera dicho que la ignorancia era el paraíso no sabía de qué estaba hablando, pensaba Tanner diez minutos después mirando la puerta del vestidor.

Abby estaba cambiándose y él, esperando… como un tonto. La puerta estaba entreabierta para que pudiesen hablar, pero se le habían quitado las ganas de hablar.

—No entiendo por qué eso tiene algo que ver con nuestro trato. Frank quiere que inventes una chocolatina, ¿no? ¿Qué tengo que ver yo con el asunto?

—Ha dicho que tú podrías ayudarme.

—Eso no significa que tenga que hacerlo.

—¿Qué estás diciendo? —exclamó Tanner, irritado.

—Si vas a comprar esa empresa, deberías saber algo sobre el producto, ¿no? Saber algo del proceso creativo.

—Hablas como una profesora de arte —replicó él—. La empresa Swanson será parte de las empresas Tanner. Yo seré el propietario, pero el gerente será alguien con experiencia en ese campo.

—No creo que a Frank le guste.

Tanner se alejó de la puerta. No tenía que decirle que lo que a Frank Swanson le gustase o no era asunto suyo. El hombre iba a retirarse forrado de millones con el trato que pensaba proponerle.

Después, quizá vendería la empresa a Harrison, quizá no. Él había hecho tratos como aquél un millón de veces. Era un negocio, nada más. Y mientras hiciera lo que tenía que hacer, le daba igual lo que pensara un excéntrico anciano que lo llamaba «hijo».

Tanner se pasó una mano por el pelo. ¿Qué le había dicho su padre cuando lo llevó a su oficina por primera y única vez, a los trece años?

«En la guerra, el fuerte puede con el débil. En los negocios, el fuerte nunca permite que el débil sepa que le está ganando».

El único consejo de su padre con el que estaba de acuerdo. Y, como su padre, se había convertido en un hombre muy rico. Tanner miró la puerta del vestidor, preguntándose por un momento en qué más se había convertido.

¿Por qué el consejo de su padre no le sonaba tan razonable como siempre?

Abby McGrady intentaba ablandarlo y no pensaba dejar que lo hiciera.

—Mira, Abby. Puede que necesite tu ayuda en la cocina… o en el laboratorio, pero yo soy el jefe en la sala de juntas.

—Eso es lo más sexista que he oído en toda mi vida —replicó ella.

Tanner no pudo evitar una sonrisa.

—Te equivocas.

No lo había dicho porque fuese machista, que no lo era. Todo lo contrario. De hecho, cuando uno de sus jefes de departamento hizo un comentario machista sobre las ejecutivas, lo despidió de inmediato.

Por otro lado, que Abby se hubiera picado le gustaba por alguna extraña razón.

—¿Por qué las mujeres tardan tanto en vestirse? Vamos a llegar tarde.

—Puedes ir sin mí.

Tanner sacudió la cabeza. No estaba solo picada, parecía seriamente insultada.

—Sólo estaba diciendo que no necesito consejos en temas de negocios.

—Pues yo creo que sí —replicó ella—. Estamos mintiéndole a un hombre maravilloso para que puedas comprarle la empresa y… Oh, no. Ay, qué horror.

—¿Qué pasa? No habrá una bañera de chocolate en el vestidor, ¿no?

—Peor. Se me ha enganchado la cremallera del vestido.

—Sal y te ayudaré.

—No, mejor no —dijo Abby, como si le hubiera pedido que caminase sobre brasas.

—¿Por qué no?

—Porque no estoy vestida.

Quizá le estaba pidiendo que caminase sobre brasas.

—Somos dos adultos.

—¿No mirarás… muy de cerca?

Tanner contuvo una risita.

—Haré lo que pueda.

—Más te vale.

La puerta del vestidor se abrió lentamente.

—Puede que lo hayas olvidado, pero soy tu marido —bromeó él. Pero la risa murió en sus labios al verla.

Llevaba el pelo sujeto en un moño del que caían algunos rizos, enmarcando su cara. Y qué cara, con muy poco maquillaje, sombra de ojos, brillo en los labios… ¿Qué intentaba hacerle?, se preguntó, tragando saliva.

Llevaba un vestido de punto negro que abrazaba su preciosa figura, acentuando la estrecha cintura y la curva de sus pechos. Una curva que… Pero mejor no pensar en eso.

El vestido caía por encima de las rodillas, mostrando sus torneadas piernas y las uñas de sus pies, perfectamente pintadas. ¿Por qué le había pedido al equipo que llevasen vestidos como aquél? Atractivo y sofisticado… por favor, si estaban en Minnesota. Podría haber llevado vaqueros y camisas de franela.

Desde luego, aquella chica era capaz de llevar a un hombre a la tumba. Pero qué forma de irse.

Tanner se pasó una mano por el pelo.

—Date la vuelta. Seguramente se habrá enganchado.

—Algo me dice que ya has hecho esto antes. Hablas como un profesional.

—Digamos que tengo cierta experiencia.

Abby se volvió para ofrecerle la espalda.

—Lo dices como si estuvieras orgulloso.

—No te muevas —murmuró Tanner.

Por supuesto, la cremallera no podía haberse atascado a la mitad. No, estaba atascada desde el principio, mostrando la espalda

desnuda y un trocito de encaje negro con un cierre pequeñito. Y ese perfume de nuevo.

—¿Puedes?

—Puedo intentarlo —murmuró él, tirando de la cremallera.

Al hacerlo rozaba su espalda con los dedos y ese roce lo excitó. ¿Qué le estaba pasando? La pregunta se quedó sin respuesta por supuesto, pero apareció otra: ¿Abby era tan suave por todas partes?

Esperaba con toda su alma que sirvieran algo fuerte para beber en la cena.

Después de unos dolorosos segundos, consiguió soltar la cremallera y cubrir aquella tentadora espalda. Justo a tiempo. Un segundo más y habría olvidado quién era y qué hacía allí. La habría tomado en sus brazos para besarla hasta que cayera rendida a sus pies.

—Voy a dar una vuelta por el lago —dijo entonces con voz ronca—. Sal cuando estés lista.

Un paseo por el lago no iba a enfriar el incendio que había en su interior, pensó. Quizá si se tiraba de cabeza.

Pero vivir con Abby así durante todo un fin de semana… tendría que tirarse más de una vez.

* * *

El cordero con patatitas francesas y crema de menta sabía a gloria. El vino era delicioso y el ambiente, distendido. Una fuente con manzanas y varias velas con olor a vainilla decoraban la mesa.

Sonriendo, Abby miró a sus anfitriones, uno al lado del otro.

«Nos hemos sentado así desde la primera cita», le había dicho Jan antes de colocar a Abby y Tanner uno al lado del otro.

Ella intentaba no fijarse en lo guapo que estaba Tanner con la camisa azul claro y el traje azul marino. Intentaba no respirar el aroma de la colonia masculina que amenazaba con ahogar su sentido común. E intentaba no recordar el roce de sus manos en su espalda desnuda una hora antes.

—Eres una cocinera maravillosa, Jan —dijo Tanner, cuando estaban sirviendo el café—. El cordero es mi plato favorito.

—Me alegro mucho.

—Ojalá las niñas hubieran estado aquí para conoceros —sonrió Frank—. Kat, la mayor, tuvo mellizos hace ocho meses. Me temo que entre la de cinco años y los mellizos, John y ella no tienen tiempo para nada.

—Quizá en otro momento.

—Me encantaría conocer a los niños —dijo Abby alegremente, moviendo el pie por debajo de la mesa.

Sin querer le dio una patadita a Tanner y este puso una mano en su rodilla. Sorprendida, tosió para disimular la sorpresa.

—Hablando de niños —dijo Frank entonces—. Tanner y yo hemos estado hablando de cuándo empezaréis a tener familia.

—Pues… yo —empezó a decir Abby, incómoda.

—Necesitamos más tiempo —dijo él.

Con el pelo oscuro, los ojos brillantes, la sombra de barba… desde luego estaba para comérselo.

—Frank, déjalos en paz —sonrió Jan—. Acaban de casarse, hombre.

—Ocurrirá cuando ocurra, lo sé. Pero practicar es divertido, ¿eh?

Abby se puso como un tomate. No sólo tenía la cara ardiendo, otras partes de su cuerpo también… porque Tanner no había apartado la mano de su rodilla. Todo lo contrario, aumentó la presión.

—Frank, los estás avergonzando.

—La gente joven no se avergüenza por esas cosas —rió el hombre—. Y no te preocupes por conocer a los mellizos, Abby. Estarán en el baile mañana, con nuestras hijas.

Tanner miró a Abby y viceversa.

—¿El baile? —preguntaron, al unísono.

—¿No os lo habíamos dicho? —sonrió Frank.

—A ti te gusta el *fox trot*, ¿verdad? —preguntó Abby.

—No, más bien la salsa —replicó él—. Ten cuidado mañana. Soy famoso por hacer que las mujeres se desmayen.

Ella soltó una carcajada.

—Me llevaré las sales.

La luz de las estrellas entraba por la ventana del laboratorio de Swanson, luchando contra las bombillas para iluminar la habitación. Pero aquella vez, pensó Abby, la calidez de la noche

había ganado.

C. K. Tanner parecía haber perdido su frialdad y, en su lugar, apareció aquel hombre cálido que estaba metiéndose dentro de su piel.

Habían salido de casa de los Swanson dos horas antes para fabricar la famosa chocolatina y, de espaldas el uno al otro, trabajaban mezclando azúcar con chocolate o esencia de frutas y equivocándose muchas veces.

Pero no todo iba a ser trabajo. Se habían puesto vaqueros y zapatillas de deporte y cada vez que Abby miraba por encima del hombro se encontraba con un trasero como para morirse.

—Ya está. Esto es una obra maestra —dijo entonces, aprovechando la oportunidad para echar un último vistazo a aquellos vaqueros gastados—. Cuidado, Tanner, vas a incendiar el laboratorio…

—Tú a lo tuyo —replicó él, riendo—. Hay que calentarlo mucho para que quede bien.

—¿Cómo lo sabes?

—Es física pura.

—Como la bomba de hidrógeno —replicó Abby.

—¿Cómo te atreves? —rió Tanner, sin dejar de remover una mezcla tan espesa que podría servir para pegar ladrillos.

Ella soltó una carcajada.

—No tiene buena pinta, ¿eh?

—Depende. ¿Una chocolatina puede ser gris?

Tanner le dio la espátula.

—¿Por qué no me has dicho que estaba usando demasiada vainilla?

—¿Con que esas tenemos? Hace dos horas has dicho: «Ésta es tu cocina, ésta es la mía. Cada uno a lo suyo».

—No sé, no me acuerdo. ¿Tú qué has hecho?

—Masa de nubes.

—¿Eh?

—Nubes, esas cosas blanditas que se ponen sobre una hoguera. He hecho una masa de caramelo y chocolate para cubrir las nubes. ¿Quieres probarlo?

Tanner tomó un trocito e hizo una mueca.

—Creo que me he roto una muela. Pero no sé si por la

consistencia o por la cantidad de azúcar.

—No te hagas el gracioso. ¿Está bueno o no?

—¿Quién había decidido que hiciéramos las chocolatinas por separado?

—Tú —contestó ella, intentando no perderse en sus ojos—. Intentabas impresionarme.

—¿Tú crees? —murmuró Tanner, acariciando su mejilla.

Estaban muy cerca, pero a Abby le parecía que estaban demasiado lejos y quería… quería que la tomase entre sus brazos.

Y aunque no lo hacía, tampoco apartaba la mano de su cara.

—A partir de ahora somos un equipo —dijo él con voz ronca—. ¿Qué te parece?

¿Qué le parecía?

Frank y Jan no estaban allí para hacer de carabinas, ni había un chófer que bajase el cristal, ni una azafata que comprobase si tenían suficientes avellanas. Estaban solos.

¿Qué debía decir? Era una situación peligrosa.

—Trato hecho —dijo, sin embargo.

—¿Trato hecho? —sonrió Tanner—. Muy bien. Pero un trato no está hecho hasta que se sella con un beso.

De repente, la rodeó con sus brazos y buscó su boca, hambriento. Abby se derritió, su cabeza daba vueltas, sus pechos aplastados contra el sólido torso masculino…

Intentaba pensar, razonar. Pero nada parecía importarle. Necesitaba aquello, lo necesitaba a él.

Enredó los brazos alrededor de su cuello y entreabrió los labios para permitir aquella invasión, apretándose contra él, sintiendo la dura evidencia de su deseo. El beso profundo, apasionado, hacía que le temblasen las rodillas, pero eso no la detuvo.

Ningún hombre le había hecho sentir aquello, ningún hombre había despertado en ella tal deseo. En sus brazos se sentía segura.

Siguieron besándose durante lo que le parecieron minutos, horas, como dos adolescentes enloquecidos despidiéndose en el porche.

Hasta que Tanner se apartó. Pero sólo un momento. Para mirarla, para tomar aliento quizá. Entonces enredó los dedos en su pelo y la besó en el cuello. Abby no quería estar sin él en aquel momento y buscó su boca, al principio tentativamente, con urgencia

después, hasta que él volvió a besarla.

Sentía un deseo tan profundo que pensó que no se cansaría nunca, que nunca estaría demasiado cerca. Le daba igual lo que pensara de ella o lo que ella pensara de sí misma. En aquel momento tenía alma de artista: arriesgada, inquieta, ardiente. Y quería que Tanner la conociese.

—Abby… —susurró él, apartándose un poco, los ojos oscuros cargados de deseo—. Me vuelves loco.

—¿Es así como firmas los contratos con tus clientes?

—No tengo clientes como tú.

Ella sonrió y Tanner miró sus labios de nuevo, húmedos, hinchados de sus besos. Si no se apartaba inmediatamente, se olvidaría de Frank Swanson y de sus exigencias de inventar una absurda chocolatina.

El romance nunca había interferido con sus negocios, pero en aquel momento así era. Y lo más preocupante era que le importaba un bledo. Lo único que quería era tener a Abby en su cama, diciendo su nombre en voz baja.

La idea de volver a besarla, de besarla por todas partes, casi le hizo perder la cabeza. Pero años de autocontrol favorecieron el lado del negocio.

Necesitaba concentrarse en el trabajo porque no podía perder un contrato tan sabroso.

—Debemos seguir con esto —consiguió decir—. Sólo tenemos esta noche y mañana por la noche.

Abby asintió, con un brillo de decepción en los ojos.

—Voy a buscar más azúcar.

Tanner la vio entrar en el almacén. Sólo tenían dos noches. Para hacer la chocolatina, se recordó a sí mismo. No para hacer el amor.

Capítulo 6

La lluvia empezó a caer sin que se dieran cuenta. Empezaba a hacer fresco, pero a Tanner no le importó. Estirando las piernas, se apoyó en el respaldo del sillón de mimbre, respirando el aire limpio de la noche.

El porche de la casa de invitados era un sitio perfecto para ver la lluvia cayendo sobre la hierba. Y el sitio perfecto para devolver una llamada telefónica.

Jeff lo había llamado mientras volvían del laboratorio riéndose de su desastroso intento de hacer chocolatinas. La llamada los devolvió a la realidad… por qué estaban allí y quiénes eran.

En cuanto Jeff le dijo que tenía que darle una noticia, Tanner volvió a ser el hombre de negocios. Pero no quería hablar con Abby a su lado y quedó en llamarlo más tarde.

Daba igual porque el ambiente se había roto. Y cuando llegaron a la casa ella se despidió a toda prisa, evitando su mirada.

Sentado en el porche, Tanner se sentía incómodo. Pero no sabía si era por la atracción que sentía por su «esposa» o por la llamada de su gerente.

—Son casi las dos aquí, Jeff. ¿No podías esperar hasta mañana?

—No, lo siento. Henry Ward va a aumentar su oferta a la empresa Swanson.

Tanner se pasó una mano por el mentón. De modo que uno de sus competidores iba a ponerse duro.

—¿Cuánto?

—Cinco millones.

—Pues tendremos que ofrecer cinco millones doscientos cincuenta mil.

—Esa empresa no vale tanto dinero. ¿Estás seguro?

—Hoy no estoy seguro de nada.

Jeff soltó una risita.

—¿No va bien la visita a la granja? ¿O te he pillado en mal momento?

¿Mal momento? Nadie podría pasar un mal momento con Abby. Era divertida, simpática, *sexy*… Pero no debía pensar esas cosas.

—Todo va bien. Tú haz lo que te digo.

—Pareces enfadado.

—Seguramente porque me has llamado a estas horas.

—¿Qué tal va el gorrioncillo?

—¡Abby no es un gorrioncillo! —exclamó Tanner entonces, sin pensar.

—Ah, ya. Tú ibas a convertirla en un cisne. Tengo que decir que todo esto es muy interesante.

—¿Qué?

—Tú. Parece que estás enamorado.

—Eso es ridículo —replicó Tanner—. Tengo que colgar. Llámame mañana.

—De acuerdo.

—¿Jeff?

—Sí, lo sé. Estoy despedido —rió su gerente—. Espera, jefe. Sobre Harrison… Su gente no deja de llamar. Parece que quiere la empresa de Swanson a toda costa. Y quiere que firmemos un compromiso de venta.

La luz de la casa se apagó entonces y Tanner sintió un anhelo absurdo. Abby estaba en la cama. Y quería estar con ella.

«Parece que estás enamorado», recordó las palabras de Jeff.

—No tengo nada que decir por el momento. Tú dales largas. Ya hablaremos el lunes.

—Muy bien. Buenas noches, jefe.

Tanner apagó el móvil como si quisiera estrangularlo. ¿Por qué lo había irritado tanto el comentario de Jeff sobre Abby? Sólo estaba de broma. Siempre bromeaba sobre sus conquistas.

¿Por qué aquélla le parecía diferente?

Un trueno le respondió. Demasiado tarde para sopesar el efecto

que ejercía en él aquella mujer, se dijo. «Entra, métete en la cama y ya pensarás en ello».

—O no pensarás en absoluto —murmuró para sí mismo, abriendo la puerta.

La luz estaba apagada. Abby estaría en la cama, bajo las sábanas calentitas, seguramente con un camisón que haría sudar a cualquier hombre.

«Éstas no son unas vacaciones románticas», se regañó a sí mismo. «No te estás enamorando de Abby».

Se sentía muy atraído por ella físicamente, pero ésa era otra historia.

Tanner se volvió y miró hacia el lago una vez más. Un relámpago iluminó el cielo entonces como si fueran fuegos artificiales.

Una noche explosiva, pensó, cerrando la puerta. El olor de su perfume lo asaltó nada más hacerlo. Tendría que soportar aquella erótica fragancia durante toda la noche… ¿Cómo había pensado que aquello podría funcionar?

Entonces vio que Abby había hecho su cama en el sofá, cerca de la chimenea. Estaba oscuro, pero podía distinguir la forma de su cuerpo bajo las sábanas. ¿Estaría dormida? ¿Podía oírlo quitándose la camisa, los vaqueros? ¿Podía sentir cuánto deseaba meterse con ella en la cama?

En calzoncillos, se tumbó en el sofá y cerró los ojos, preguntándose…

¿Haría demasiado frío para dormir en el porche?

* * *

Abby abrió los ojos. A pesar de la oscuridad podía ver que la manta apenas cubría las piernas de Tanner. El pobre no cabía en el sofá.

Debían de ser las cinco de la mañana, pero aún no había amanecido. Llevaba despierta toda la noche, pensando en él, oyéndolo respirar y gruñir mientras buscaba una posición cómoda.

Como nunca había compartido habitación con un hombre, estaba nerviosa. Saber que estaban tan cerca hacía que se le

encogiera el estómago. Había pensado decirle que se metiera en la cama con ella, pero no tuvo valor. ¿Pensaría que estaba tirándole los tejos?

¿Y eso sería tan malo?, se preguntó. No era virgen, pero tampoco tenía gran experiencia.

Sólo había estado con un hombre, una vez. La noche de su graduación en el instituto. Greg le dijo exactamente lo que ella quería oír y después hicieron el amor. Pero su penitencia empezó al día siguiente. No sólo la había plantado, sino que alardeó delante de todos sus amigos sobre lo fácil que era. Confiar en él había sido el mayor error de su vida. Uno que se negaba a repetir.

Entonces oyó a Tanner revolverse en el sofá y maldecir en voz baja.

Ya no era una niña en busca de aceptación y amor, se dijo. Era una mujer adulta, con fuerza de voluntad.

Abby cerró los ojos, recordando cómo reaccionaba cada vez que lo tenía cerca. Quizá si se quedaban cada uno a un lado de la cama…

—¿Tanner? ¿Estás despierto?

—Sí.

—¿Estás bien?

—Con un metro más de sofá, estaría estupendo —gruñó él.

—He estado pensando… —En ese momento, la habitación quedó iluminada por un relámpago—. Aquí hay mucho sitio.

—¿Y?

Abby se mordió los labios. No debía decirle nada. Al día siguiente, ella dormiría en el sofá.

—No te dará miedo la tormenta, ¿verdad?

—No, claro que no.

«Me da miedo estar contigo a solas en esta habitación». «Me da miedo no volver a sentir lo que sentía cuando tú me besabas».

—Eso no suena muy convincente —dijo él entonces, malinterpretando el temblor en su voz.

Abby oyó pasos y después sintió que el colchón se hundía a su lado.

—¿Te asustan los relámpagos?

Habría querido apartar la mirada, pero no podía hacerlo. Entonces un nuevo relámpago iluminó la habitación y, al verlo con

una rodilla apoyada sobre la cama, otra clase de tormenta empezó a desatarse en su interior, una que Abby temía no se calmaría jamás.

Nunca lo había visto en calzoncillos, lógicamente, y le pareció algo tan íntimo, tan próximo… Tenía un torso ancho, de abdominales marcados, y hubiera querido apretarse contra él y no soltarlo nunca.

—Estoy aquí si necesitas algo, ¿de acuerdo? —sonrió Tanner—. Ahí, en el sofá.

—Muy bien —sonrió Abby.

Pero necesitaba algo más. «Te necesito», le hubiera gustado gritar. Pero entonces recordó a Greg, y la vergüenza y el dolor que sintió entonces. ¿Tanner también le haría daño? Si hacían el amor, ¿desaparecería de su vida? ¿Buscaría a una mujer de su propio mundo, de su círculo?

—¿Quieres que…?

—Sí —contestó ella, sin saber a qué se refería.

—¿Encima o debajo?

—¿Cómo?

—¿Dónde quieres que duerma? ¿Encima de las mantas o…?

—Debajo si quieres. No me importa. Buenas noches, Tanner —murmuró Abby, dándose la vuelta.

—Buenas noches.

Ella contuvo el aliento mientras lo sentía meterse bajo las sábanas. ¿Se tocarían sus pies, sus piernas?

De nuevo, un relámpago iluminó la oscura habitación.

Debía de estar loco, pensó Tanner. Él no era el tipo de hombre que se metía en la cama con una mujer sólo para… dormir.

Había hablado con aparente tranquilad, pero estaba desesperadamente excitado. Y ella también lo deseaba. Los dos eran adultos. ¿Qué lo detenía? «Un marido y un hogar, amigo».

—¿Mejor que en el sofá? —preguntó Abby entonces.

—Sí, mucho —contestó él, intentando controlar su voz.

—Si te doy una patada, perdóname. Te pido disculpas anticipadas. Mi hermana y yo solíamos dormir juntas de pequeñas y dice que doy patadas.

—Gracias por el aviso.

—Pero no creo que me mueva mucho esta noche.

—Dirás esta mañana.

—Sí, es verdad… ¿Tanner?
—¿Sí?
—¿Tienes hermanos?
—No.
—¿Dónde están tus padres?
—Mi madre murió cuando yo era niño.
—Lo siento.
Él hizo una mueca. No quería hablar de su familia… o de su falta de ella. Sólo le interesaban el presente y el futuro. No el pasado, no algo que no podía controlar.
—¿Dónde está tu padre? —preguntó Abby en voz baja.
—En Francia.
—Podríamos llamarlo para que nos dé una receta. En Francia hacen un chocolate estupendo.
—Eso no es posible.
—¿Por qué no?
—Porque no puedo ponerme en contacto con él —contestó Tanner, golpeando la almohada—. Hace treinta años que no está para nadie.
—¿Y si te ocurre algo, si te pones enfermo?
—Si me pongo enfermo, voy a un hospital.
—¿Qué, solo?
—Pues sí.
Tanner la imaginaba quitándose las amígdalas rodeada de sus cuatro abuelos, sus padres, sus hermanos, primos, tíos… hasta el perro.
—Sólo en el hospital —dijo Abby, con sincera incredulidad.
Él soltó una risita.
—Soy un hombre adulto.
Durante unos segundos sólo oyeron el ruido de la lluvia golpeando los cristales.
—Yo me quedaría contigo, si quisieras.
A Tanner se le paró el corazón.
—¿Por qué?
—Somos amigos, ¿no?
De todo lo que podía decirle una mujer… ¿Por qué no había elegido otra, cualquier otra para el fin de semana?
La mayoría de las mujeres con las que había salido durante los

últimos años se contentaban con conseguir lo que podían de él. Y no se quedaban el tiempo suficiente como para hacer preguntas personales. Y si, por casualidad, llegaban hasta el punto de preguntarle por su familia, cambiaban de conversación al ver su cara.

Pero Abby no. Ella no tenía miedo de seguir preguntando ni de ofrecerle su amistad.

—Duérmete —murmuró, apretando la almohada, deseando que fuera ella… sabiendo que habían pasado de la amistad a algo desconocido y confuso para él.

* * *

Tanner se despertó al amanecer. No había pegado ojo desde que se metió en la cama con Abby.

Pero eso era comprensible, considerando que ella le pasó un brazo por encima y después se quedó dormida sobre su pecho. Era demasiado. Ningún hombre habría podido soportarlo.

La miró entonces, extraordinariamente hermosa a la luz de la mañana. Su pelo caía en cascada sobre la almohada y tenía una expresión muy dulce. Llevaba un camisón blanco con florecitas de color malva que revelaba el nacimiento de sus pechos…

Tanner tragó saliva. Afortunadamente, no había visto eso por la noche. Incluso hablando de la familia, no habría podido controlarse.

Durante aquellas horas entendió por qué no habían hecho el amor. No era porque Abby confiase en él, ni porque se hubiera declarado su amiga, ni porque fuera una chica que buscaba un marido y un hogar. No, era por otra razón.

La deseaba como no había deseado a ninguna otra mujer y ése era un problema con el que no quería enfrentarse. Abby McGrady quería algo más que el desayuno por la mañana. Quizá una alianza, quizá un «te quiero» o, al menos, la promesa de una relación.

Tanner apretó los dientes. Eso no podía dárselo.

Increíble. Estaba intentando conseguir un negocio de cinco millones de dólares, pero una chica hacía que se sintiera confuso, perdido. Lo que necesitaba era algo de ejercicio.

Con cuidado para no despertarla, saltó de la cama y se puso un

chándal. Una carrera siempre aliviaba las tensiones. O lo había hecho en el pasado.

* * *

—¿Qué vas a ponerte esta noche? —preguntó Jan, empujando el carrito por el supermercado.

—Aún no lo he decidido —intentó sonreír Abby.

No tenía muchas ganas de sonreír. Tanner había desaparecido cuando despertó por la mañana. Cuando volvió, sudando y agotado, sólo le dijo que estaría en la fábrica todo el día, sin mirarla.

Había ocurrido algo la noche anterior. Primero vio su lado juguetón, cuando intentaban hacer la chocolatina, después su lado más profundo, más herido, cuando hablaba de su padre.

Aparentemente, Tanner no era el hombre frío y sin sentimientos que aparentaba ser, ni el distante hombre de negocios que hacía creer a todo el mundo. Poco a poco, sin darse cuenta, estaba compartiendo cosas con ella.

Pero evidentemente, eso había terminado. Estaba muy claro que no quería su amistad… ni ninguna otra cosa.

Después del frío saludo mañanero, Abby no esperó que saliese de la ducha. Fue a casa de los Swanson y se encontró con Jan entrando en el coche para ir al supermercado. Sin nada que hacer más que pensar en Tanner, decidió acompañarla. Y había sido una sabía decisión. Jan era muy divertida.

—Si no tienes ropa vaquera, puedo decirle a alguna de mis hijas que te preste algo.

—¿Ropa vaquera? —repitió Abby.

—Es un baile del Oeste, cariño.

La imagen de Tanner con vaqueros y espuelas puso una sonrisa en sus labios. Seguro que no sabía bailar, el comentario de la salsa debía de haber sido una broma.

—Tengo unos vaqueros y alguna camisa, pero no he traído botas.

—No te preocupes por eso. Seguro que te valen las de Kat. Y le diré a Frank que le preste un sombrero texano a Tanner. No hay nada más *sexy* que un hombre con un *Stetson*.

—Yo no creo que Tanner pudiera ser más *sexy* —dijo Abby sin pensar.

Jan tomó una bolsa de guisantes congelados.

—¿Eres amiga de Tanner o trabajas en su empresa? Ah, vamos a buscar el maíz. A Frank le encanta.

Abby se quedó boquiabierta.

—¿Qué has dicho?

—Que voy a buscar maíz porque a mi marido le encanta.

—No, lo otro.

—¿Te refieres a que Tanner y tú no estáis casados?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella, perpleja.

—Cariño, llevo muchos años casada. Esas cosas se saben.

—¿Y Frank lo sabe también?

—No lo creo. Si es así, no me lo ha dicho. Los hombres no se enteran de ciertos detalles.

—Lo siento mucho —murmuró Abby—. Si fuera por mí no habría aceptado… nos marcharemos en cuanto se lo diga a Tanner…

—No le digas nada —la interrumpió Jan—. Esto es muy divertido. Además, tenemos que darle tiempo para que se dé cuenta de que está enamorado de ti.

Abby volvió a quedarse boquiabierta.

—¿Qué?

Jan tomó una bolsa de maíz congelado, tan tranquila.

—¿Cuándo te diste cuenta de que estabas loca por él?

—¿Yo? Yo no estoy loca por él…

—¿No?

—Muy bien. Ayer, quizá. No, anoche cuando estábamos haciendo la chocolatina. Pero da igual lo que sienta por él. No tenemos nada en común.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es verdad. Él es un hombre de negocios, yo…

—Eso son bobadas. Cosas que dice la gente cuando tiene miedo y no quiere arriesgarse —replicó Jan.

—Pero si ni siquiera le gusto.

—En eso te equivocas. Te lo dice una mujer con ojos de halcón —sonrió Jan Swanson, tomándola por los hombros—. Tú y yo venimos del mismo sitio. Una familia que se quiere,

comprometida… es algo natural para nosotras. Pero para un hombre como Tanner, eso suena a chino.

—¿Qué quieres decir?

—He estado investigando. Nuestro Tanner es prácticamente huérfano. Su madre murió cuando él era muy pequeño y lo crió su abuela hasta los siete años. A su padre le daba todo igual, sólo estaba interesado en perseguir jovencitas, de modo que lo metió en un internado. El pobre se ha criado prácticamente solo… No esperarás que reconozca lo que es bueno para él a primera vista.

A Abby se le encogió el corazón. No la sorprendía saber esas cosas del pasado de Tanner. Pero el deseo de curar sus heridas, de decirle que no estaba solo era abrumador.

—Lo tienes todo organizado, ¿verdad?

—Quiero daros una oportunidad —sonrió Jan—. Yo creo que hay mucho futuro en esta relación, cariño.

Capítulo 7

Hacía fresco aquella noche, pero en el enorme granero de los Swanson, donde se celebraba el baile, la atmósfera estaba muy caldeada. Había balas de paja en diferentes alturas contra la pared, sirviendo de asiento y decoración. Las mesas estaban cubiertas por manteles de cuadritos y unas lámparas en forma de calabaza sujetas a las vigas del techo iluminaban a los invitados. Era un ambiente festivo, pero su «mujer» se portaba de forma fría y distante.

Abby no lo ignoraba descaradamente, pero tampoco le prestaba demasiada atención… Aunque no podía culparla después de su actitud por la mañana.

Durante la carrera, había tomado la decisión de alejarse de Abby todo lo que fuera posible. No podía alimentar la atracción que sentía por ella. Pero su resolución no duró nada. Cuando la vio tan guapa con el pelo suelto cayendo sobre los hombros, el albornoz blanco… estaba para comérsela. Pero también vio que sus ojos se oscurecían cuando entró en el baño, diciendo aquellas frases cortas, secas, como si hablase con una empleada.

Y era un castigo divino no haber podido pensar en otra cosa más que en ella durante todo el día. En la fábrica de Swanson había actuado más como un adolescente que como el propietario de una empresa gigantesca. Mientras Frank le daba explicaciones técnicas, él sólo podía pensar en Abby murmurando esas palabras que tanto lo habían sorprendido: «Yo me quedaría contigo, si quisieras…», le había dicho, debajo de las sábanas.

Tanner volvió al presente observando de nuevo a Abby

charlando con los amigos de Kat. Estaba guapísima de rojo. Llevaba una camiseta ajustada y… ¿unos pantalones vaqueros podían quedarle tan bien a una mujer? ¿Y de dónde demonios había sacado las botas?

Estaba tremenda. Y por cómo la miraban los hombres, no era el único en darse cuenta. Eso lo irritó. Pero Abby no era su mujer, ni siquiera su novia.

Tanner dejó escapar un suspiro. ¿Qué le estaba pasando? Él no era celoso. Y, se recordó a sí mismo por enésima vez, Abby McGrady no era su tipo.

Tuvo que sacudir la cabeza, agotado. Muy bien. La deseaba. En cierto modo, Jeff había tenido razón. No estaba enamorado de ella, el amor no era una opción en su vida. Pero cuando Abby lo ignoraba, se sentía fatal. Y cuando no estaba a su lado, no se encontraba a gusto. La echaba de menos. Echaba de menos su compañía, su forma de hablar de mil cosas a la vez, su risa. Incluso a cinco metros de ella la echaba de menos.

—Estás muy guapo con las espuelas, vaquero.

Tanner miró por encima del hombro y vio a Jan Swanson a su lado, sonriendo.

—Gracias, señora.

—Una chica muy guapa, ¿eh? Y muy lista —dijo Jan entonces, mirando a Abby.

—Sí, desde luego.

—Yo diría que has encontrado la esposa perfecta.

—Soy un hombre de suerte.

—Ella también ha tenido suerte.

—Muchas gracias.

—Siento curiosidad… ¿Habéis conseguido hacer la chocolatina?

—Estamos en ello.

—Ensayo y error, ¿eh?

—Por el momento, sólo error. Pero al final lo conseguiremos.

—No tengo ninguna duda, Tanner —sonrió Jan—. No tengo ninguna duda.

Él sonrió también, preguntándose si estaban hablando de la chocolatina.

—¿Quieres bailar?

—¿Sabes bailar *country*?

—Soy un hombre lleno de sorpresas.

Jan soltó una carcajada.

—Eso espero, Tanner.

* * *

Abby aparentaba interés en un amigo de Kat, un joven médico llamado Mark, mientras miraba a Tanner por el rabillo del ojo. Y no era la única que lo miraba. Todas las mujeres estaban pendientes de él, pero Tanner no parecía darse cuenta. Sin duda estaba acostumbrado y, desde luego, merecía esas miradas.

Vestido de vaquero estaba guapo de morirse, desde las botas hasta el sombrero *Stetson* que Frank le había prestado.

Afortunadamente, sólo les quedaban dos días allí. Sin embargo, ese pensamiento no la hacía sentirse mejor. Todavía le quedaban las dos noches de aquellos dos días.

Mark se volvió hacia ella entonces, sonriendo.

—¿Qué tal si nos echamos un baile? Prometo no pisarte.

¿No debería decir que estaba casada?, se preguntó Abby, buscando con la mirada a su «marido», el hombre con el que quería bailar, el hombre del que estaba enamorándose perdidamente.

Pero entonces lo vio hablando con dos mujeres. Las dos estaban muertas de risa y una de ellas tuvo la cara de inclinarse y rozar sus… atributos contra el brazo de Tanner. ¿No había visto que llevaba alianza?, se preguntó Abby, apretando los puños. Tendría cara…

—Me gustaría mucho bailar, Mark.

Mientras la llevaba hacia la pista, la orquesta anunció que iban a tocar un *vals*.

—¿A qué rama de la Medicina te dedicas?

—Soy veterinario —contestó él.

—Ah… pensé que eras médico… de personas.

—A veces lo soy —sonrió Mark—. Son como personas pequeñas. Mi mujer siempre dice eso. Ella también es veterinaria.

—¿Está aquí esta noche?

—Llegará enseguida. Ha tenido que operar… a una persona pequeña llamada *Rover*.

Abby soltó una carcajada. Mark era un bailarín bastante decente y quería pasarlo bien aquella noche.

—¿Bailamos otro? —preguntó él, cuando el *vals* terminó.

—Yo creo que no, amigo.

Abby se volvió y vio a Tanner mirando al veterinario con cara de pocos amigos.

—¿Quién es usted? —preguntó Mark.

—Su marido —contestó él—. ¿Algún problema?

—No, en absoluto. Gracias por el baile, Abby.

—Eso ha sido una grosería —le dijo ella después—. ¿Qué te pasa?

Tanner le pasó un brazo por la cintura.

—Nada.

—¿Algún problema? ¿Quién dice eso, *Charles Bronson*?

No entendía qué le pasaba. ¿Estaba celoso? ¿O enfadado porque no hacía el papel de esposa apropiadamente?

—No me gusta que te toquen, eso es todo.

Abby lo miró, incrédula.

—Sólo estábamos bailando… Además, está casado. Y si alguien estaba siendo sobado por aquí, ese eras tú.

Él no dijo nada, pero la apretó con fuerza mientras bailaban. La orquesta estaba tocando *Fascinación*… Tanner se había puesto celo, como ella, pensó entonces.

Celoso.

No dejaron de bailar, pasando al lado de la orquesta, al lado de Kat y sus amigos, al lado de Jan y Frank. Y al lado de Mark, que le guiñó un ojo.

—¿Le has dicho que estabas casada? —preguntó Tanner, sin poder disimular su irritación.

—¿A quién?

—A tu pareja de baile.

—¿Seguimos hablando del tema?

—Si hubiera sabido que ibas a usar este fin de semana para buscar marido, no te habría traído.

Abby se quedó helada. ¿Cómo podía ser tan grosero? No eran celos lo que sentía. Sólo pensaba que su empleada lo estaba avergonzando delante de un montón de gente.

Ya no quería estar allí, ni con Tanner, ni en aquel baile, ni en

Minnesota. Sin decir nada, se dio la vuelta y salió del granero con los ojos llenos de lágrimas.

* * *

Tanner la vio marchar, contento de haberle dicho lo que pensaba, pero con el corazón encogido. Él no solía ser grosero, pero cuando la vio bailando con aquel tipo…

¿En qué estaba pensando? Abby no era suya. Cuando volviesen a Los Ángeles tomarían caminos separados, de modo que ella saldría, cenaría y bailaría con otros hombres…

Pero la furia se deshizo al recordar sus ojos brillantes de lágrimas. Lágrimas que él había provocado.

¿Por qué le importaba tanto? Abby sólo era una empleada con la que había llegado a un acuerdo.

Tanner se dirigió a la mesa de los refrescos. Lo que necesitaba era una copa, olvidarse del negocio, olvidarse de ella.

Frank y Jan Swanson estaban cerca de la mesa. Lo que le faltaba. Sin duda habían presenciado la escena y querrían una explicación.

—¿Lo estás pasando bien? —preguntó Frank.

—Sí, claro —contestó él, mirando el bol de *ponche*—. ¿Tenéis algo más fuerte que esto?

—Me temo que no —contestó Jan.

—¿Ha pasado algo? Hemos visto que Abby se marchaba.

—Sí, lo siento.

—No creo que sea con nosotros con quien debas disculparte.

—Mira, Frank…

—Tanner —lo interrumpió Jan—. Tenéis mucha suerte de estar juntos, no lo estropeéis por una tontería.

—¿De qué estás hablando?

—Del orgullo.

—El orgullo me ha venido muy bien toda mi vida —replicó él.

—En los negocios, seguro. Pero en el amor no es nada práctico.

El amor. Si supieran que el amor, el matrimonio era una farsa…

Frank sonrió.

—Todos metemos la pata de vez en cuando. Pero lo que importa

es lo que haces para arreglarlo —dijo, tomando a su mujer por la cintura—. Separados o juntos. Enfadados o besándoos. Tú decides.

* * *

Malditos hombres. Maldito C. K. Tanner. Sentada a la orilla del lago a la luz de la luna, Abby intentó recordar las razones por las que había aceptado ir con él a Minnesota.

La escuela de arte, por supuesto. Sus alumnos. Sin embargo, en algún momento esas razones se habían convertido en un borrón. Y lo más importante era estar con C.
K. Ta
nner.

Pero Tanner no quería saber nada de ella. Entonces oyó unos pasos y, nerviosa, se secó los ojos rápidamente para que Frank o Jan no la viesen llorar. Pero cuando miró por encima del hombro se le puso el corazón en la garganta.

Tanner.

Había ido a buscarla… no, a regañarla por no cumplir su parte del trato. Estaba enfadado porque había hecho una escena delante de sus anfitriones, amenazando así la compra de la empresa.

—Te he buscado por todas partes.

—Pues ya me has encontrado —murmuró Abby, tirando una piedra al lago.

—Abby, escucha…

Ella se levantó de un salto.

—Supongo que he destrozado tu oportunidad de…

—No —la interrumpió Tanner—. He sido un imbécil.

—Sí.

—Y un tonto.

—Sí.

—Lo que te dije antes… no lo decía de verdad.

—Tanner, ¿qué quieres de mí?

—¿Qué quieres decir?

—Parece que nunca hago nada bien.

Él sonrió.

—A mí me parece que lo haces todo bien. Ése es el problema.

Eres preciosa, inteligente, divertida, generosa y bailas muy bien —dijo, suspirando—. Lo de antes no tenía nada que ver contigo. Era problema mío.

Abby lo miró a los ojos, deseando creerlo. Pero temía hacerlo.

—Ya.

—Lo siento. Te juro que no volverá a pasar. Dime que me perdonas o…

—¿O qué?

Tanner sonrió.

—O tendré que tirarme de cabeza en una bañera de chocolate.

Abby quería sonreír, reírse, pero…

—No me ha gustado verte con otras mujeres.

—A mí tampoco me ha gustado verte en brazos de otro hombre.

El corazón de Abby dio un vuelco.

—Pensé que sólo estábamos haciendo un papel.

Tanner se quedó pensativo un momento.

—Yo también —murmuró, dando un paso hacia ella—. Yo también —repitió, inclinándose para buscar su boca.

Sin pensar, Abby enredó los brazos alrededor de su cuello. Tanner la besaba apasionadamente, buscando su lengua, jugando con ella. A pesar del frío de la noche, un incendió los sorprendió a los dos. Abby tenía los pechos aplastados contra el torso del hombre y podía sentir los rápidos latidos de su corazón. ¿O era el suyo? No lo sabía, pero lo necesitaba más cerca, necesitaba que la tocase.

Sintió que se le doblaban las piernas cuando él empezó a besarla en el cuello. Se sentía fuera de este mundo, fuera de sí. Sentía un deseo loco, frenético, crudo, y quería su boca por todas partes.

—Tanner —susurró, con la cabeza hacia atrás, en completa sumisión.

Él volvió a buscar su boca, sin dejar de acariciar su pelo, su espalda, su cuello… La besaba una y otra vez y Abby se entregó por completo, el aire fresco de la noche mezclándose con los olores del agua, la tierra y el deseo.

Débil y confusa, dejó que la apoyase en el tronco de un árbol. Tanner metió las manos por debajo de la camiseta y Abby se arqueó hacia él, deseando que la tocara, sintiendo la dura erección del hombre apretada contra su vientre.

—Oh, Abby… —murmuró, acariciando uno de sus pechos por

encima del sujetador. Apartando el encaje con manos temblorosas, Tanner acarició el endurecido pezón con dos dedos.

Ella sentía un placer ardiente, tan intenso que se le doblaban las piernas. Tan intenso que la cegó cuando Tanner desabrochó la cremallera del vaquero y metió la mano para buscar su humedad, acariciando con los dedos el centro de su placer. El deseo era indescriptible, la volvía loca.

—Esto no es mentira —murmuró él, con voz ronca—. Esto es real.

En la distancia oyeron una risa.

—Viene alguien —susurró Abby.

Tanner tenía razón, aquello era real. Pero ¿estaba bien? Tenía que pensar, tenía que parar un momento.

Se apartó de él y salió corriendo hacia la casa de invitados. Oyó que la llamaba, oyó sus pasos tras ella, pero siguió corriendo, aunque su corazón estaba en aquel árbol, con él. Pero el sentido común…

De repente, tropezó con una piedra y el suelo desapareció bajo sus pies. Gritó, intentando sujetarse a algo, pero cayó de bruces sobre la hierba empapada.

—¡Abby!

—Soy un desastre —murmuró ella, mirándose las manos manchadas de barro.

—¿Te has hecho daño? ¿Estás bien? —preguntó Tanner, sin aliento.

—Sí, sólo estaba buscando un marido. No se me puede dejar sola.

Entonces cometió el error de mirarlo a los ojos. Se habían oscurecido, pero había un brillo de humor en ellos.

Entonces Tanner soltó una carcajada y ella rió también.

—Me lo merezco —dijo él entonces, quitándose la camisa de franela para ponerla sobre sus hombros—. Siento haber llevado las cosas demasiado lejos.

Abby se sentó en el barro. El destino estaba diciéndole algo. Tropezar con la piedra había sido como un mensaje del Universo. No podía seguir corriendo, alejándose de la vida, del amor, de aquel hombre. Era un mensaje que no podía ignorar.

¿Importaba que sólo tuvieran un par de noches? ¿Importaban las

diferencias que había entre ellos? ¿Por qué no podía olvidar el pasado y disfrutar sin preocupaciones? Quizá Tanner no la amaba como lo amaba ella, pero…

Era una mujer adulta, capaz de tomar sus propias decisiones. No pensaba seguir teniendo miedo a arriesgar su corazón. Y deseaba a aquel hombre. Desesperadamente. Pensaría en las consecuencias más tarde. Al día siguiente, cuando fuera.

—Vas a pillar un resfriado sentada en ahí —dijo él—. Y si no te importa que lo diga, debes quitarte esa ropa mojada.

Abby lo miró. Sus ojos parecían más oscuros y tenía una sonrisa irresistible.

Tardó sólo un segundo en decidirse.

—Ven aquí, vaquero —murmuró, tirando de la hebilla del cinturón para tumbarlo a su lado—. También te merecías esto —dijo, besándolo en los labios.

—Me gusta que me castigue, señora Tanner —susurró él con voz ronca—. Te deseo tanto, Abby… Pero tienes que decirme que estás segura. Sabiendo todo lo que sabes de mí, necesito saber que lo estás.

Ella sonrió, tentadora.

—No he estado más segura de nada en toda mi vida.

Tanner se levantó entonces, rápido como el rayo. Corrió con ella en brazos hacia la casa, abrió la puerta con el hombro y la dejó en el suelo.

—¿Tienes frío?

—Un poco.

—Yo me encargo de eso —murmuró él, quitándole la camiseta mientras Abby desabrochaba sus vaqueros.

La ropa mojada voló en todas direcciones hasta que quedaron desnudos, acariciándose desesperadamente. Tanner paró un momento para mirarla, con los ojos brillantes.

Ningún hombre la había mirado con tal deseo y Abby no sintió vergüenza. Todo lo contrario. El calor de su mirada la hacía sentirse querida.

—Eres preciosa —murmuró él, envolviéndola en sus brazos.

Abby disfrutaba del calor de su piel, del roce de sus manos… Entonces deslizó las suyas y apretó el trasero del hombre contra ella.

—Si me haces eso, perderé la cabeza.

—¿Me lo prometes?

Sonriendo, Tanner la tumbó sobre la cama. Todas las preguntas, todo desapareció cuando él se colocó encima, buscando sus pechos con la boca. Abby lanzó un gemido cuando sintió los ardientes labios del hombre cerrándose sobre un pezón, su lengua acariciándola…

Pero quería más. Olía a hombre y se sentía tan atraída por él como la marea por la luna. Enredó los dedos en su pelo mientras él trasladaba la deliciosa tortura al otro pecho, chupando el pezón con fuerza, acariciando sus muslos.

—Me vuelves loco…

Ella levantó las caderas, clavando las uñas en su espalda.

—Por favor… Te necesito.

Tanner la buscó con sus dedos, acariciando la ardiente humedad entre sus piernas. Abby se apretaba contra su mano, sin vergüenza, sin pudores.

—¿Te gusta?

—Sí, sigue… —jadeó ella.

Tanner se apartó un momento para sacar algo de la cartera y Abby supo que buscaba un preservativo.

—No puedo esperar más…

Se colocó encima un segundo después y, abriendo sus piernas con una mano, se enterró en ella. Gimiendo, Abby enredó las piernas alrededor de su cintura, despertando gemidos roncos, casi animales, en el hombre.

Le gustaba que respondiera así. Lo amaba. Quería dárselo todo.

—No puedo esperar —murmuró, casi sin voz.

—No esperes, cariño —dijo él, poniéndose más duro dentro de ella.

Seguía embistiendo una y otra vez, y cada embestida los llevaba al final del precipicio.

Abby gritó de placer, Tanner susurró su nombre, empujando con fuerza, estremecido. Y la apretó contra su corazón cuando llegaron al final, exhaustos, rendidos…

* * *

Ninguno de los dos se movió durante unos segundos, buscando aire, recobrando el aliento.

La luz de la luna entraba por la ventana y Tanner apenas podía pensar, apenas podía entender lo que le estaba pasando. Nunca había perdido el control de esa forma. Nunca se había sentido tan satisfecho. Y eso lo molestaba. Y lo asustaba a la vez.

Sin decir nada, se tumbó de espaldas llevándola con él, sintiéndose posesivo y sólo saciado en parte.

—Me gusta que estés encima —protestó ella, flirteando, robándole la tranquilidad, excitándolo de nuevo.

—No quiero aplastarte.

Abby levantó una ceja.

—No soy una delicada flor, Tanner.

Él entendió lo que había tras aquella frase. Abby lo aceptaba como era, sabía lo que podía y no podía ofrecerle.

—Me sorprendes.

—¿Sí?

—Nunca he conocido a nadie como tú.

—¿Y eso es bueno? —rió ella.

Tanner se quedó pensativo un momento. Todo aquello era nuevo para él. Aquel deseo, aquella necesidad obsesiva por una mujer…

—Sí. Demasiado bueno.

Abby sonrió, apoyando la cabeza sobre su pecho. Entonces se fijó en una cicatriz que tenía en el hombro.

—¿Cómo te la hiciste?

—Tenía nueve años y andaba como loco en la bicicleta —sonrió él, acariciando su pierna.

—Ah, un niño travieso. Eso me gusta.

—¿Y tú? ¿Alguna marca en ese cuerpo tan bonito?

—No —contestó ella, orgullosa—. Soy perfecta.

Tanner miró sus pechos.

—Desde luego que sí.

—Gracias, señor —sonrió Abby—. Por cierto, ¿qué significa C. K.?

—Crío curioso.

—Curioso es con «c», tonto.

—De pequeño no lo sabía —rió Tanner.

—Dime la verdad.

—¿Las preguntas no podrían esperar un poco?

—¿Cuánto tiempo?

Sonriendo traviesamente, él desapareció bajo las sábanas, convirtiendo la risa de Abby en gemidos de placer.

Capítulo 8

—Son las dos de la mañana. ¿No estás cansada?

—No —contestó ella. Con el albornoz, sentada en el sofá frente a la chimenea, Abby se apartó un rizo de la frente—. Además, ésta es la mejor hora del día.

Lo miraba con amor, olvidando por un momento el retrato que estaba haciendo.

Tanner habría sido un gran modelo, pensó, observando los músculos de su espalda y la curva de su firme trasero. La suave luz de la lámpara iluminaba su cuerpo desnudo tumbado sobre las sábanas arrugadas, *sexy* como un pecado.

No se lo dijo, pero había cumplido veinticinco años una hora antes. Aquel fin de semana, aquella noche… era el mejor regalo de cumpleaños.

Después de hacer el amor por segunda vez, Abby no quiso dormir. No quería que la noche terminase. ¿O no quería que llegase la mañana? De cualquier forma, por impulso, le pidió que posara para ella. Tuvo que convencerlo, pero al final logró que se tumbase en la cama.

—No te muevas, por favor.

—Sí, señora. Pensé que un artista necesitaba luz del sol para pintar.

—Depende de lo que estés pintando.

Tanner levantó una ceja.

—¿De verdad?

—Y de lo que quieras capturar.

—¿Y tú qué intentas capturar, Abby?

Lo había preguntado en voz baja, con un tono innegablemente sensual. Y ella tuvo que apartar la mirada.

—Un hombre tranquilo, espero —murmuró, mirando el esbozo que empezaba a tomar vida.

Como ella. Como él.

—Yo no estoy nada tranquilo —dijo Tanner entonces—. ¿Por qué te hiciste artista?

—Nadie decide ser artista. Es un deseo, una necesidad… una obsesión a veces.

—Entiendo. Otra pregunta, ¿por qué das clases?

—Me encanta ver la expresión de mis alumnos cuando lo hacen bien. Me gusta verlos hacer su trabajo, transfigurados.

—Pero si te concentrases en tu pintura, podrías convertirte en una artista rica y famosa.

—No me interesan ni la fama ni la riqueza. Yo crecí en una familia pobre y me gustaba compartir habitación.

—A mí tampoco me importa mucho, por lo que ves.

—No, es verdad. ¿De qué estábamos hablando? —rió Abby.

—De tu adolescencia y de que el dinero no fue nunca importante para tu familia.

—Es cierto. Yo era una niña feliz y respeto a mis padres por lo que eran, por lo que trabajaron y por el cariño que nos dieron.

Tanner miró hacia la ventana un momento y se preguntó si él había sentido algo así por alguien. Se preguntó si la fama y el dinero eran lo único que le importaba.

—¿Te contentarías con vivir así toda la vida? —preguntó entonces.

—Con el hombre adecuado, sí.

Él apartó la mirada y a Abby se le encogió el corazón. No había querido hablar de familia, de amor, del futuro…

—Te toca —dijo entonces, tirando el cuaderno sobre la cama.

—Pensé que ya me había tocado —sonrió Tanner.

—No, bobo —rió Abby, quitándose el albornoz—. Te toca pintarme.

Desnuda, con un brazo cubriendo sus pechos en actitud supuestamente pudorosa, estaba como para volver loco a cualquier hombre. ¿Esperaba que la pintase así?

—Abby, no puedo…

—Intenta no mirarme de una forma sexual —lo interrumpió ella.

—Ya, claro.

—Lo digo en serio. Empieza por pintar un pie, pero no lo veas como un pie. Tienes que verlo, verme a mí, como una serie de líneas y formas —dijo ella, deslizando la mano desde la rodilla hasta el muslo—. Curvas, líneas rectas…

—Si sigues diciendo esas cosas, te haré el amor en el suelo —le advirtió Tanner.

—Bien. Intentaré usar palabras menos provocativas.

Tanner soltó una risita. Dijera lo que dijera, se moviera como se moviera, era provocativa. El estómago plano, la curva de sus pechos, los pezones rosados apenas cubierto por el brazo…

Él no era un artista. Nunca podría hacerle justicia.

—No puedo.

—Inténtalo. Intenta dibujar la forma.

Tanner sacudió la cabeza. Aquello era una locura. Pero llevaba haciendo locuras desde que la conoció. Y si era sincero consigo mismo, estaba disfrutando enormemente.

Con manos temblorosas, como un adolescente que lee por primera vez el *Playboy*, tomó el cuaderno e intentó concentrarse en las líneas de su cuerpo.

Consiguió dibujar la curva del muslo, pero estaba empezando a perder la cabeza cuando llegó a la cadera. Casi saltó de la cama cuando llegó a la curva de los pechos, pero se contuvo y siguió adelante con el cuello, los ojos, la nariz…

Se preguntaba si el anhelo que sentía por ella desaparecería algún día. Cuando volviesen a Los Ángeles, ¿podría dejarla ir?

—¿Cómo va? —preguntó Abby, interrumpiendo unas preguntas que no podía responder.

—Difícil —murmuró Tanner, dibujando un pezón—. Muy difícil.

—¿Puedo verlo?

—Te costará.

—¿Cuánto?

—¿Cuánto tienes?

Abby se acercó, moviendo las caderas.

—¿Esto es suficiente?

Tanner tiró de ella, respirando aquel aroma que nunca olvidaría.

—¿Qué perfume llevas?

—No llevo. Es jabón de rosas. No muy sofisticado, ¿verdad?

—Es embriagador —sonrió él, sentándola sobre sus rodillas—. ¿Qué te parece el dibujo?

—No está mal. No está nada mal.

—Nada mal para un hombre que está muriéndose —murmuró Tanner, tirando el cuaderno al suelo.

Con una sonrisa seductora, Abby se tumbó sobre él. Deseando torturarlo, se deslizó por su cuerpo, rozando con sus pechos el torso, el estómago, su miembro erguido…

—A mí me parece que estás muy sano —susurró, antes de tomarlo en la boca.

—Abby… —murmuró Tanner, atónito.

¿Cómo podía parecer tan tranquila cuando él estaba a punto de explotar? ¿Cómo podía hacerle ver las estrellas, hacerle desear y necesitar algo que no podía tener? Era una tortura, pero la deseaba, la necesitaba más cerca.

—Abby, por favor. Quiero besarte hasta volverte loca. Quiero ver cómo tus ojos cambian de color mientras me entierro en ti…

—Yo también lo deseo —sonrió ella, besando delicadamente sus muslos, su estómago, besos que lo atormentaban y lo volvían loco.

Por fin, sus labios se encontraron y Tanner prácticamente la devoró, sujetando su trasero con manos firmes. Abby le devolvió el beso y, por un momento, él se preguntó qué había hecho para merecer el Cielo.

—Cariño…

—¿Sí?

—A partir de ahora, soy yo el que da lecciones.

Ella separó las piernas, sonriendo.

—Y yo seré una alumna excelente.

Su corazón se llenó de anhelo mientras la poseía. Mientras entraba en casa. Tanner estaba como loco. Se movía cada vez más rápido, más fuerte, como si necesitara desesperadamente vaciarse en ella.

Y cuando por fin lo hizo, cuando sus gemidos de placer se volvieron frenéticos, se dejó ir con Abby.

Al dulce paraíso de nuevo.

Capítulo 9

El sol entraba a raudales por la ventana, iluminando el búcaro con violetas que había sobre la mesa. Abby miró de las flores al hombre que dormía a su lado. Pero no podía verle la cara porque estaba apoyada sobre su pecho.

Cerró los ojos un momento y dejó que su rítmica respiración la relajase. Disfrutaría del momento, de aquel pedazo de Cielo, y no tendría ni remordimientos ni absurdos deseos de que aquello continuase en Los Ángeles.

Tanner era un solterón empedernido. Lo sabía y sabía por qué: estaba protegiéndose a sí mismo. Si todo el mundo la hubiese abandonado, tampoco ella arriesgaría su corazón.

La palabra «compromiso» era un tabú en la vida de C. K. Tanner. Por lo que Jan le había contado, no confiaba en nadie y por mucho que quisiera acercarse a él, sería imposible.

No quería acorralarlo si no estaba preparado. Y seguramente nunca estaría preparado para el amor. Y ella no estaba preparada para un rechazo. Sí, era mejor aparentar que no lo amaba, que estaba a gusto compartiendo sólo un par de días con él. Ni siquiera le pediría que continuasen la relación en Los Ángeles. Actuaría como si no fuera eso lo que quería… cuando sólo deseaba amarlo.

Abby se estiró y lo sintió moverse.

—Buenos días, querida artista —murmuró con voz ronca.

—Buenos días. Tanner, quizá deberíamos…

—Deberíamos —la interrumpió él, besando su cuello—. Desde

luego que sí.

—No me refería a eso… bueno…

Abby no podía pensar cuando le hacía esas cosas. ¿Cómo iba a resistirlo, cómo iba a aparentar que no lo quería?

Más tarde, se dijo cuando él metió la mano entre sus piernas. Lo resistiría más tarde.

Tanner se apoyó en un codo para mirarla a los ojos. Sus sentimientos por ella lo abrumaban, lo confundían. Ninguna mujer lo había afectado así. Despierto, dormido, posando para él, debajo de él, le hacía desear cosas que nunca creyó desear. Pero allí estaba. Una curva en la carretera, un desvío, una señal de *stop*. No la había visto venir.

Desde los siete años, su vida estaba trazada. Era cómoda, aunque no fuese la ideal. Con su padre persiguiendo jovencitas, Tanner tuvo que crecer solo. Salió del internado a los dieciséis años, fue a la universidad y había ganado su primer millón a los veintitrés. Llevaba toda la vida probando que no necesitaba ni nada ni a nadie.

Pero la noche anterior había cambiado todo eso. Abby había cambiado todo eso.

—Hace sol —sonrió ella, apoyándose en un codo—. Parece que va ser un bonito día.

Precioso, pensó Tanner, buscando su boca. ¿Por qué no podía disfrutar de lo que tenía? El matrimonio no estaba en su agenda, pero quizá seguir viendo a Abby sí.

—Debo advertirte… No pienso salir de esta cama hasta que esté satisfecha —rió ella.

—Ésa es una seria amenaza. ¿Qué pasa si no lo hago bien?

—¿Porque no puedes o porque no quieres? —bromeó Abby, restregando sus pechos contra el torso masculino.

Tanner contuvo el aliento.

—Cariño… no sabes dónde te has metido.

—Estoy deseando enterarme.

—Entonces, agárrate fuerte.

Con un rápido movimiento, la colocó sobre él y se enterró en su terciopelo húmedo. Abby gritó y él perdió la cabeza, olvidando una verdad que no quería reconocer mientras veía las eróticas sombras de los dos en la pared.

* * *

Eran casi las diez cuando por fin estuvieron vestidos. Abby, sentada al borde de la cama, mordisqueaba una magdalena de mora que había aparecido misteriosamente, junto con un termo de café, en el porche. Un golpecito en la puerta y el sonido de unos pasos los avisó del regalo.

—Me inspiras —anunció Tanner, poniéndose los vaqueros.

—Lo sé. Me lo has dicho. Varias veces anoche y dos esta mañana.

Él levantó una ceja.

—No, cariño, hablo de una inspiración completamente diferente.

¿Había un hombre más guapo en el mundo entero?, se preguntó Abby, mientras lo observaba ponerse un *jersey* de color *beige*. Con las botas y los vaqueros estaba igual de atractivo que con el traje de chaqueta. E igual de irresistible.

Pero cuando volviesen a Los Ángeles tendría que dejar la empresa Tanner. Era imposible verlo todos los días y no poder estar a su lado. Era imposible tenerlo tan cerca y que no fuera suyo.

—He tenido una idea para la chocolatina.

—Cuéntame. ¿O debo torturarte?

—Eso suena muy tentador, pero no tenemos tiempo. Ven conmigo.

Tanner tomó su mano y salieron corriendo de la casa. Cuando se detuvo, Abby miró alrededor. Estaban en un huerto lleno de manzanos.

—¿Qué tiene esto que ver con la chocolatina? —preguntó, sin aliento.

Aquel sitio era un sueño hecho realidad. Perfecto para pintarlo. Ojalá pudiera dar una clase allí, bajo el cielo azul, con aquel delicioso aroma a manzanas.

Cuando se volvió para mirarlo, Tanner tenía una expresión de triunfo. Necesitaba que una mujer le bajase los humos. Pero no sería ella. Esa idea la llenó de angustia.

—Tiene mucho que ver.

—¿Vas a cubrir todos estos manzanos con chocolate?

—No, haremos un bombón de chocolate con manzana.

—¿Vamos a trabajar juntos?

—Yo creo que es lo mejor. ¿No te parece?

Desde luego que sí.

—Sí, por supuesto.

—Voy a llamarlo: «el bombón Abby».

—¿Un bombón con mi nombre? Qué nervios —rió ella—. La gente esperará que sea muy dulce.

—No creo que te cueste mucho —dijo Tanner, tomándola por la cintura—. Eres muy dulce.

Abby hubiera deseado que la tomase en brazos y la llevara a su guarida, a la casa de invitados, como la noche anterior, pero debía contenerse.

—Sigo sin entender lo de la inspiración.

—El manzano… Me lo contaste la primera noche. Dijiste que te encantaban.

—¿Te acuerdas de eso?

Tanner levantó una ceja. Tan seguro de sí mismo, tan orgulloso; seguramente había memorizado toda la conversación. Cómo le gustaba, cómo lo amaba.

—¿Cuándo empezamos?

—Ahora mismo —dijo él, arrancando unas cuantas manzanas del árbol más cercano—. Tenemos que presentar el bombón esta noche, en la cena.

—Falta algo.

Tanner sonrió. Abby acababa de probar la manzana cubierta de chocolate y nueces con expresión pensativa. Estaba muy guapa con el delantal y la cara manchada de harina y chocolate…

—¿Qué sugieres?

—No, si está bueno, pero… creo que necesita algo más.

—Nada de nubes.

—Vale, vale —rió ella—. ¿Qué tal un poco de caramelo líquido? Antes de meter la manzana en chocolate, la metemos en caramelo.

—Podría ser demasiado dulce.

—Ahora sí hablas como el propietario de una empresa de chocolates. Si no supiera por qué quieres comprar la empresa Swanson, pensaría que de verdad quieres ser *Willy Wonka*.

Tanner apartó la mirada.

—Es posible. Quizá ya no sólo es una adquisición más.

Willy Wonka… Tendría que alquilar esa película. Quizá podría verla con Abby, en su sala de proyección. Podrían hacer palomitas de maíz, hablar de nuevas ideas para la empresa, tumbarse en el sofá… Y después la tomaría en brazos y le haría el amor toda la noche.

Su móvil sonó en ese momento, interrumpiendo aquella fantasía imposible. Tanner miró el número. Jeff.

—Si quieres hablar fuera, puedes hacerlo —dijo ella.

Tanner vaciló. Por primera vez en su vida se sentía feliz, en paz consigo mismo, y no pensaba dejar que interrumpiesen esa sensación. De modo que, por primera vez en su vida, ignoró una llamada de teléfono.

Lo que Jeff tuviera que decirle podía esperar, decidió, observando a Abby disolver el caramelo.

Tuvo que contener una risita al imaginar a cualquiera de las mujeres con las que solía salir haciendo una chocolatina, en camiseta y vaqueros.

Entonces la abrazó por detrás. Su perfume, aquel aroma a jabón de rosas, lo envolvió de nuevo.

—Hoy no contesto al teléfono. Estoy trabajando aquí, contigo.

Abby miró por encima del hombro.

—Pues entonces, te toca pasar la manzana por las nueces.

Siguieron trabajando, haciendo bromas, manchándose de chocolate… Pero lo mejor era cuando sus dedos se rozaban. Para un hombre como él, aquello no habría sido nada. Pero con Abby era diferente, era pura sensualidad.

—Umm… qué rico. Prueba esto —dijo Tanner, poniendo un trozo de manzana en su boca.

—Está delicioso.

Alguien debería pintarla así, pensó, intentando contener el deseo de abrazarla. Tenía planes para aquella tarde. Planes muy bien elaborados.

—Dejemos que se enfríe —dijo, tomando su mano—. Mientras estabas en la ducha, te he preparado una sorpresa.

—No pienso subir —dijo Abby, mirando las avionetas que llenaban el hangar—. No soporto viajar en avión. Mucho menos en una avioneta del tamaño de una moto.

Tanner le pasó un brazo por los hombros, señalando la más

grande.

—Es una *Piper Supercub*. No tiene motor. Se mueve con el viento.

—Ah, qué bien. Eso me da mucha confianza.

—Tienes que olvidar tus miedos.

—¿Por qué?

—Porque el miedo te tiene atrapado toda la vida, Abby. No se puede vivir con miedo.

Ella intentó sonreír.

—Por ahora, me ha ido bien.

—Yo estaré contigo. Ayudándote.

—¿Ayudándome a qué?

Tanner se cruzó de brazos, muy satisfecho de sí mismo, como si hubiera dividido el átomo.

—Tú te encargarás de pilotar. Por supuesto, yo te ayudaré.

—Pero yo no tengo permiso de…

—No hace falta para manejar esta avioneta si llevas un piloto a tu lado.

—Estás loco —dijo Abby.

—Si hay algún problema, yo tomaré los mandos.

—¿Si hay algún problema? —repitió ella, con voz de pito.

—Tengo cientos de horas de vuelo.

—Perfecto. Entonces, vete a dar un paseo en tu avioneta. Yo te miraré desde aquí. A salvo, de una pieza, en el suelo.

Tanner tomó sus manos, mirándola a los ojos.

—¿No quieres hacerlo por mí? No te pasará nada, lo prometo.

Demasiado tarde para esa promesa. Ya le pasaba algo. Al día siguiente tendría el corazón roto y sólo le quedarían los recuerdos y el esbozo de un retrato del hombre de sus sueños.

Abby apartó la mirada, miró al suelo, miró a todas partes. No quería tener miedo. O volar o enamorarse. Había probado lo segundo, ¿por qué no probar lo primero?

—¿Por qué crees que puedo hacerlo?

—Porque creo en ti.

—Y supongo que no haces esto a menudo.

—Supones bien —sonrió Tanner.

Creía en ella. Nunca imaginó que un hombre pudiera decirle algo tan bonito. Especialmente, aquel hombre. Y eso le dio valor.

—Bueno, ¿a qué esperamos? Vamos a la nave.

—Avioneta —la corrigió él, riendo.

Un hombre con cazadora de cuero se acercó entonces.

—¿Están listos, señor Tanner?

—¿Lo estamos? —preguntó él.

Abby asintió.

—Lista.

* * *

En el aire, volando, en el cielo azul, con una brisa tan pura que hacía daño en los pulmones. Tanner tenía razón, pensó Abby. Si se hubiera dejado vencer por el miedo, nunca habría disfrutado de aquello.

—Lo estás haciendo muy bien —dijo él.

Por supuesto, había pasado miedo. Sobre todo al principio, cuando despegaban. Aquello era tan pequeño, tan frágil. Estaba sudando, pero se hizo la fuerte. ¿Dónde iban a aterrizar? ¿Cómo iban a aterrizar?

Unos segundos después decidió que Tanner sabía lo que hacía. De otro modo no estaría arriesgando su vida. Le había enseñado cómo mover las palancas para dejarse llevar por el viento… Y entonces ocurrió algo asombroso. Había dejado de tener miedo, estaba segura de que no le pasaría nada.

Era el paraíso.

—¿Estás bien?

—Maravillosamente bien.

—Entonces, feliz cumpleaños, Abby.

—¿Lo sabías?

—Tengo espías por todas partes. ¿Te ha gustado el regalo?

Ella miró hacia abajo y sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Un regalo precioso. Es una maravilla.

—No hay nada mejor que la primera vez.

—Aquí arriba todo es tan diferente, tan lleno de paz. Como un mar en calma. El aire está muy limpio.

—Nada de contaminación en el cielo de Minnesota.

—¿Vuelas a menudo?

—Sí, sobre todo al atardecer. Entonces es precioso.

—Me encantaría verlo —murmuró Abby.

—Puedes volar conmigo cuando quieras.

El deseo, el anhelo, el amor, llenaron su pecho. ¿Le había dicho que quería volver a verla o solo era una respuesta educada?

—¿Desde cuándo vuelas, Tanner?

—Desde hace mucho tiempo. Mi abuela era una piloto excepcional y supongo que me trasladó su obsesión.

—¿Solíais volar juntos?

—No, murió antes de que pudiéramos hacerlo. Pero tenía la casa llena de biografías de pilotos, libros de mecánica… siempre estaba hablando de eso.

Abby se quedó pensativa un momento.

—¿Tanner?

—¿Sí?

—Estamos en el cielo. Yo diría que tu abuela ha volado contigo más veces de las que puedas imaginar.

—Gracias —murmuró él.

—Cuando yo era pequeña, sacaba mi casita de muñecas al jardín y me subía al tejado para mirarla desde arriba. Me sentía como un gigante.

—Creía que te daba miedo la altura.

—No, entonces no me daba miedo nada. El tejado era un sitio mágico para mí. Saltaba desde un árbol que había frente a la ventana de mi cuarto… Me caí un par de veces, pero era mi sitio especial.

—¿Y los chicos sabían lo fácil que era llegar a tu cuarto desde ese árbol?

—No tuve muchos novios en el colegio.

—No te creo.

—Pues es verdad —rió ella, respirando el aroma de la brisa, sintiendo el aire en la cara—. Yo era la niña pobre de la comunidad. Mi padre es un carpintero fabuloso y mi madre, ama de casa. Así que teníamos mucho cariño, pero poco dinero. Los niños del colegio no se fijaban en mí a menos que fuera para insultarme o reírse de mi familia.

—La inmadurez es la madre de la ignorancia —dijo Tanner.

—¿Y tú? Seguro que todas las chicas se peleaban por ti en el

colegio.

—Yo fui a un internado. Me temo que no podía llevar chicas.

—Ah —suspiró Abby, admirando las colinas—. Pues éste es un sitio perfecto para llevar a una chica. Seguro que las impresionas con tu avioneta.

—Nunca había volado con una mujer.

Los dos se quedaron en silencio. Abby no contestó, no quería arruinar aquel recuerdo. Sencillamente sonrió, observando el hermoso paisaje otoñal que no olvidaría jamás.

Capítulo 10

—El baño está preparado, Alteza —sonrió Tanner, abriendo la puerta del cuarto de baño.

Habían vuelto de su aventura un rato antes, después de un descenso tembloroso y un aterrizaje casi perfecto.

Y él no pudo evitar tomarla entre sus brazos y darle un beso en los labios. Nunca se había sentido más orgulloso de nadie.

Durante el viaje hasta la cabaña, Abby mencionó que la tensión de conquistar su miedo la había dejado hecha polvo. Y aunque Tanner hubiera deseado darle un masaje, sabía que eso no sería inteligente. Un baño era mucho mejor, más seguro, ya que sólo tenían media hora antes de la cena.

—Vamos, se está enfriando el agua.

Ella salió del vestidor como un ángel. El pelo sobre los hombros, descalza y con el albornoz.

—¿Con burbujas?

—¿Burbujas? Esa bañera es como una botella de champán.

—Muy bien. Por tu trabajo y porque estás muy, pero que muy guapo, deberías pedir un deseo —rió Abby, tomándolo por las solapas de la chaqueta.

—¿Sólo uno?

—No te hagas el listo.

—Muy bien, muy bien. Déjame pensar un momento… Ya está.

—¿Cuál es su deseo, señor?

—Que dejes la puerta abierta.

—¿Para qué?

Tanner empezó a tirar del cinturón del albornoz.

—Para que tu humilde siervo pueda verte en la bañera esta vez.

—¿Esta vez? —repitió ella.

Tanner estaba acariciando su espalda y sabía que si no dejaba de tocarla, se perderían la cena y seguramente el desayuno.

—La última vez que te bañaste, me vi obligado a quedarme al otro lado de la puerta, a solas con mi imaginación.

—Eso no es justo, ¿verdad? —sonrió Abby—. Y como yo soy una persona justa, te concedo el deseo.

—Gracias.

—Hoy lo he pasado muy bien. Flotar en el aire… ha sido el mejor regalo de cumpleaños que me han hecho nunca. Muchísimas gracias.

—Para mí ha sido un placer —dijo él con voz ronca—. Y lo de que puedes volar conmigo cuando quieras lo he dicho de verdad.

—Sería maravilloso, si pudiera.

—¿Y por qué no ibas a poder?

Abby apartó la mirada.

—No creo que tenga mucho tiempo para… salir cuando vuelva a casa.

—Espero poder arrancarte de esas clases de pintura para invitarte a cenar.

—Es posible. Si encuentro tiempo.

¿Si encuentro tiempo? Sabía que lo decía de broma, pero la idea de no volver a verla le resultaba insoportable.

Sin pensar, Tanner la tomó entre sus brazos y buscó su boca. Ella respondió inmediatamente, abriendo los labios para él, respondiendo a cada caricia. Pero no podían llegar tarde a la cena.

—Tanner…

Tanner se rindió. Era su esclavo durante el tiempo que ella quisiera. Enardecido, enterró la cara en el escote del albornoz para besar sus pechos.

No había forma de describir lo que sentía por Abby, el efecto que ejercía en él. Era extrañísimo y, sin embargo, lo más natural del mundo.

—¿Estás segura?

—¿De qué?

—¿Seguro que no tienes tiempo para mí?

Abby se apartó entonces.

—Tienes razón. No podemos llegar tarde a la cena.

Tanner se hubiera podido dar de bofetadas. Quería decir cuando volvieran a Los Ángeles… Haciendo un esfuerzo, volvió a cerrar el albornoz y dio un paso atrás.

—Métete en la bañera, princesa. Y no olvides dejar la puerta abierta.

—¿Sabes lo que pasa cuando se le exige algo a un monarca? —Intentó bromear Abby.

—¿Una sentencia de cuarenta días en la cama?

—Y cuarenta noches —rió ella, entrando en el cuarto de baño.

Una vez allí, dejó caer el albornoz al suelo y se metió en la bañera con un movimiento tan sensual que Tanner tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para no ir tras ella. Después tomó la esponja y empezó a pasarla por sus brazos y sus piernas…

Le gustaría pintarla así, pensó, jurándose a sí mismo explorar cada centímetro de su cuerpo una y otra vez. Más tarde, después de cenar, cuando nada pudiera interrumpirlos.

—Pie izquierdo, rojo —dijo Jan.

Abby observó a Frank comiendo un pedazo del «bombón Abby», que había sido un éxito, mientras jugaban al *Twister*.

Para su sorpresa, la cena había sido más que civilizada. Los otros dos «concursantes» que esperaban comprar la empresa Swanson se mostraron muy afables y nadie habló de negocios. En lugar de eso, hablaron de sus familias y alardearon de sus hijos.

Después de las diez se marcharon porque tenían un largo viaje de vuelta o un vuelo de última hora. Estaba claro para todo el mundo que los Swanson consideraban a Tanner el candidato más adecuado.

Y eso hacía que Abby se sintiera alegre y a la vez triste por haberles mentido. Jan sabía su secreto, por supuesto, pero se preguntó si se lo habría contado a su marido. ¿Querría Frank venderle su empresa si supiera la verdad?

Los Swanson se mostraron orgullosos cuando Tanner y ella les presentaron la manzana recubierta de caramelo, chocolate y nueces. Y después anunciaron que nada de café y *coñac* en el saloncito. A ellos no les interesaba guardar las formas, más bien pasarlo estupendamente con sus invitados.

Antes de que pudiera protestar, Tanner se vio involucrado en el juego. Además, cada adulto tenía que llevar a hombros un niño mientras se retorcía entre los puntos de colores. Al principio parecía cortado, pero después empezó a pasarlo bien.

Abby observaba el juego muerta de risa, sentada en la alfombra entre Kat y su hermana Cindy.

—Mano izquierda, verde —anunció Jan.

—Abby, mi hija y tu marido están ganando el juego —rió Kat.

—Y me siento muy orgullosa.

—¿Quién quiere apostar por ellos?

—¿Quieres apostar contra tu propio marido? —exclamó Cindy.

—¿Crees que me perdonará?

—De eso nada. Aprende de Abby.

—Por favor… qué sabe ella. Sigue en su luna de miel.

Tanner levantó la mirada entonces, sonriendo. Y a Abby se le aceleró el pulso. Sin corbata y con la camisa un poco desbrochada parecía mucho más joven. Además, con la niña a hombros estaba tan tierno… Se preguntó entonces si habría pensado alguna vez en tener hijos.

—Pie derecho, azul —anunció Jan.

Tanner levantó la pierna sobre la mano del marido de Kat y consiguió apoyar el pie sin caerse. Abby empezó a aplaudir para animarlo.

—Míralos, siguen como dos tortolitos. Me encanta —rió Kat.

—¿Vosotros ya no lo sois?

—No le hagas ni caso —dijo Cindy.

—Ahora es diferente… mejor. Nos conocemos de arriba abajo. Y eso es muy *sexy*.

—¿Estás viendo cómo me muevo? —rió Tanner—. ¿No estás impresionada?

—¿Alardeando delante de las señoras? —rió Abby.

—Sólo delante de una en particular.

—Es adorable —suspiró Cindy.

—Es un desastre.

—Pues espera a tener hijos —dijo Kat—. Entonces sí que será un desastre total.

—Parece que Tanner ya está listo para tener un niño.

Abby levantó la mirada justo a tiempo para ver a la última

pareja cayendo sobre la alfombra.

Jan señaló a Tanner con el dedo.

—¡Los ganadores! ¿Qué tenemos para ellos, Frank?

—Chocolate. Por supuesto —contestó el señor Swanson.

Todos soltaron una carcajada, ofreciendo sus condolencias a los perdedores. Pero Abby no podía dejar de mirar a Tanner. Su corazón se calentó cuando besó a la niña que llevaba sobre los hombros. Entonces sintió mariposas en el estómago. La clase de mariposas que sólo una mujer enamorada puede sentir al ver al hombre que ama con un niño en brazos.

No podía dejar de recordar la primera noche, cuando cenaron juntos en su casa. Esa noche era un hombre agradable, pero había frialdad en sus ojos. Vivía una vida sin alegría, quisiera admitirlo o no. Perder a todo el mundo y aparentar que no importaba le robaba mucho a una persona.

Pero en aquellos días había cambiado. Se permitía a sí mismo divertirse, cometer errores, convertirse en parte de una familia… Quizá estaba pensando en formar la suya propia.

Nada en el mundo la haría más feliz que volver a casa al día siguiente sabiendo que Tanner y ella tenían un futuro. Juntos.

* * *

Tanner encendió una cerilla y prendió el papel de periódico frente a la chimenea. Estaba esperando que Abby saliera del vestidor. Deseando que saliera. Todo parecía mejor cuando ella estaba cerca.

La cena había sido fantástica, con un final perfecto.

Un contrato firmado.

Frank lo había puesto en su mano diciendo lo feliz que lo hacía que él comprase la empresa. Y esperando mantener una buena amistad con ellos a partir de entonces.

Una buena amistad. Por alguna razón, aquellas palabras habían quedado grabadas en su mente.

Por enésima vez desde que llegaron a la casa de invitados, Tanner miró hacia la puerta del vestidor.

Abby. Sólo podía pensar en ella, en dormir con ella, en despertarse con ella.

—¿Abby?

—Un momento.

Un segundo después la puerta del vestidor se abrió y Tanner se quedó boquiabierto. Abby estaba de pie, maravillosa con un camisón de seda blanca. Con los ojos brillantes, el pelo suelto, apoyada en la puerta como una vampiresa… ¿Era la misma Abby que había entrado en su despacho aquel día, tirando el café sobre su escritorio?

Al verla, recordó una historia que leyó en el colegio sobre una diosa que podía dejar a los hombres mudos con su belleza.

—¿Preparado para celebrar mi cumpleaños?

—Estás preciosa.

Ella se arrodilló a su lado, tentándolo con el escote del camisón.

—Gracias.

Tanner se sentó en el suelo y la colocó sobre sus rodillas, buscando su boca como desesperado. Sabía tan dulce, a miel y menta…

—Gracias a ti.

—Este fin de semana ha sido maravilloso —dijo Abby entonces.

De repente, Tanner sintió la necesidad de decírselo.

—Cuando volvamos a Los Ángeles, quiere que continuemos esto.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó ella en voz baja.

Tanner vaciló un momento. El matrimonio no era una opción, pero volver a verla a menudo, sí lo era. Tenía que encontrar la forma de decírselo sin hacerle daño.

—Abby, yo…

Un golpecito en la puerta hizo que se apartaran.

—Quizá los Swanson vienen a traernos *champán* —sugirió ella—. ¿Te importa abrir? Yo voy a buscar unas velas al cuarto de baño.

Tanner se levantó. No tenía ganas de ver a nadie. Si eran los Swanson con una botella de *champán*, iba a darles el agradecimiento más rápido de la historia.

Abrió la puerta y, como un jarro de agua fría, se encontró con Jeff Rhodes en el porche.

—Hola, jefe.

* * *

—¿Quieres decirme qué demonios haces aquí? —preguntó Tanner, cerrando la puerta tras él—. No es buen momento.

—Entiendo. Te he llamado al móvil, pero como no conseguía localizarte he tenido que tomar el primer avión.

—¿Qué pasa?

—Harrison está ansioso por comprar la empresa Swanson, pero quiere firmar un preacuerdo mañana, a las diez de la mañana.

—¿De qué estás hablando? Nunca te he dicho que le dieras el «sí» a Harrison.

Jeff lo miró, muy serio.

—Me dijiste que hiciera lo de siempre. Y lo único que yo sé hacer es negociar el contrato más lucrativo posible para tu empresa.

Ésas eran sus órdenes. Era lo que él mismo habría hecho. Pero las cosas habían cambiado en unos días. De repente, la empresa Swanson era algo personal.

—Has firmado el contrato, ¿no?

Tanner asintió, distraído. Sabía que vender a Harrison era una posibilidad, pero quería pensarlo detenidamente. Además, no había nada firmado.

—No te autoricé a discutir el trato final con Harrison.

—Pero yo pensé…

—No tenías que pensar, Jeff. No había nada decidido.

Tanner se pasó una mano por el pelo. Una semana antes se habría sentido como un idiota al rechazar un negocio tan lucrativo. Pero, de repente, ya no estaba tan seguro de nada. Se dio cuenta entonces de que la emoción de la caza había desaparecido. En su lugar tenía hambre de otra cosa, de algo duradero.

—Pero tú habías dicho…

—No sé si quiero hacerlo.

—¿Perdona? —murmuró Jeff.

—Puede que conserve la empresa Swanson en la familia.

—¿En la familia? ¿En qué familia? ¿Quién demonios eres?

Tanner miró a su gerente. También eran amigos, pero aquél era su negocio y Jeff tenía cierta tendencia a pasarse en la toma de decisiones.

—¿Tienes algo que decir?

—Que actúas de una forma muy rara. ¿Dónde está el tiburón de los negocios? Todos ganaremos con la firma de ese contrato… Es

importante. Estoy preocupado por ti, Tanner. Creo que has perdido la cabeza.

—¿Ah, sí? ¿Y qué vas a hacer al respecto?

Jeff negó con la cabeza.

—Nunca te había visto así… ¿No me digas que te has enamorado de la chica del correo?

—Si vuelves a llamarla así, te parto por la mitad —dijo Tanner en voz baja.

—Muy bien. Volveré a Los Ángeles y le diré a Harrison que no hay contrato y que la reunión de mañana se ha cancelado. Pero sus abogados se pondrán a revisar las cartas y los *faxes* para ver si ha habido mala fe.

—Harrison no quiere pelearse conmigo —suspiró Tanner—. Él sabe que mi empresa es muy poderosa.

Y era cierto. Se había dejado el pellejo convirtiendo su empresa en un éxito. Él era un hombre de éxito. ¿O no?

Se quedó parado, pensativo. Su único objetivo en la vida había sido tener éxito. A toda costa, por supuesto. Pero eso fue antes de conocer a Abby McGrady.

¿Qué demonios estaba haciendo? ¿Dónde tenía la cabeza? ¿De verdad pensaba decir que no a un negocio de casi seis millones de dólares y poner en peligro su reputación, lo único que tenía, lo único con lo que podía contar? Y todo porque sentía un calorcito por dentro cuando miraba a una chica…

Tanner se pasó una mano por el pelo. Abby era maravillosa, pero algo temporal, como todas las mujeres que pasaban por su vida. Esa misma vida que le había probado para qué valía, para qué era buena: para ganar dinero, para hacer negocios, no para hacer amigos.

De repente, tuvo la impresión de que despertaba de un sueño. Y era hora de despertar. Sabía lo que tenía que hacer. Lo único lógico, lo único sensato.

—Estaré en la oficina antes de las ocho. Tú vuelve esta noche y redacta el contrato —dijo, entrando de nuevo en la casa sin despedirse siquiera de Jeff.

Cuando entró era una persona diferente. La relajación, la paz, la felicidad, habían desaparecido.

Vio a Abby sentada de espaldas a él, frente a la chimenea, y se

ablandó un poco. ¿Qué le había pasado aquel fin de semana? Sólo con verla, se derretía.

—Lo siento… Era mi…

—Sé quién era —lo interrumpió ella.

—¿Qué ocurre?

—Has sido tú quien ha dejado la puerta abierta esta vez —dio Abby entonces, mirándolo a los ojos—. ¿Cómo has podido, Tanner?

—¿Cómo he podido qué?

—¿Cómo puedes vender la empresa Swanson a un hombre que sólo quiere destruirla?

—Es mucho dinero, Abby. Creo que no entiendes…

—Desde luego que no. No lo entiendo. No entiendo cómo has podido ganarte la confianza de los Swanson para traicionarlos después. ¿Puedes explicármelo?

—Así son los negocios —contestó él, sin mirarla.

—¿Ésa es tu justificación para herir a la gente? Pensé que habías cambiado. Pensé que tú y yo…

Le dolía el corazón. No era así la noche que había imaginado con Tanner, su última noche. Una noche para el amor, para celebrar que había conseguido la empresa Swanson. No pensó que iba a venderla. Ése era el acto de un frío, sin escrúpulos. No del hombre tierno y cariñoso que la había tenido en sus brazos por la noche.

Sabía que ese hombre existía en alguna parte dentro de él y haría lo que fuese para encontrarlo, aunque para ello tuviera que desnudar su corazón.

—Me he enamorado de ti, Tanner —dijo entonces, con toda candidez—. O del hombre que creía que eras.

—¿Amor? —repitió él, pasándose una mano por el pelo—. Ya te lo dije… yo no soy de los que se casan, Abby. Necesito libertad.

—¿Y yo qué soy, una cárcel? El matrimonio no es una prisión, Tanner. Yo quería ser tu amante y tu amiga, quería ayudarte a tomar decisiones, estar ahí cuando estuvieras triste… mandarte a la porra cuando te pusieras tonto.

—Abby, no quiero dejar de verte.

—Quizá eso sea cierto hoy, mañana… incluso dentro de un mes. Pero el compromiso es importante para mí.

—En la vida no hay garantías. La gente se marcha haga promesas o no.

—Entonces, ¿no te involucras con nadie, no quieres a nadie porque tienes miedo de que te dejen?

—No, te equivocas…

—No lo creo. Una vez, alguien me dijo que hay que olvidar los miedos, que vivir con miedo no era vivir en absoluto.

—¿Qué idiota te dijo eso?

—Tú.

Tanner se cruzó de brazos. El hombre de negocios había vuelto.

—Quiero volver a verte. Salir contigo, pero sin cadenas, sin ataduras y sin juicios sobre cómo hago mis negocios. Eso es todo lo que puedo ofrecerte.

Pero no era suficiente. Lo amaba, pero ya no era el hombre que había sido antes de que llamasen a la puerta.

—Entonces declino su oferta, señor Tanner.

—Muy bien. Tengo que volver a la oficina lo antes posible.

Ella tuvo que contener las lágrimas. No iba a hacer una escena.

—Entonces, quizá deberías irte esta misma noche. Le diré a Jan y Frank que has tenido que resolver un asunto urgente.

—¿Eso es lo que quieres? —preguntó Tanner.

Abby sintió que toda su vida dependía de aquel momento.

—¿Por qué no? Ya has conseguido lo que querías.

Tanner la miró sin decir nada durante unos segundos.

—El avión volverá por ti mañana.

—No te molestes. Iré en un vuelo regular.

Él no dijo una palabra. Una lágrima empezó a rodar por el rostro de Abby, pero la apartó de un manotazo. El que había empezado como el mejor día de su vida terminaba convertido un desastre.

Había imaginado que se irían de allí juntos, paseando de la mano por la orilla del lago. No así. No así, se repitió mientras lo observaba guardar rápidamente sus cosas y salir dando un portazo.

Abby enterró la cara entre las manos y dejó correr las lágrimas. Durante mucho tiempo.

Capítulo 11

Tanner estaba sentado frente a su escritorio, observando cómo la lluvia golpeaba los cristales. Era como estar sentado en el corazón de una tormenta, como si el sol no fuera a salir jamás.

No dejaba de pensar en la casa del lago y en la pelirroja que le había dicho que se fuera con tal tranquilidad que su corazón se había encogido.

La echó de menos desde que salió por la puerta, pero su orgullo le impidió mirar atrás.

No podía dormir, recordando lo que ella le había dicho, sus acusaciones y su propia justificación: es un negocio.

Llevaba en el despacho desde las cinco de la mañana, echando un vistazo a los papeles, leyendo el correo electrónico, esperando que la bolsa abriese en la costa este… cualquier cosa menos mirar el maldito contrato.

Pero sabía por qué estaba así. No podía cambiar y Abby no quería estar con él. Lo que le había ofrecido no era suficiente. Pero eso no explicaba por qué se sentía tan culpable sobre el asunto de Swanson. Su justificación era legítima. Sólo era un negocio. Y así se llevaban los negocios.

Tanner sacudió la cabeza. Eso no le daba ninguna tranquilidad, sólo remordimientos. Por enésima vez, leyó el informe de Jeff sobre la venta a Harrison. Era un buen negocio. Un negocio magnífico.

Tanner se apoyó en el respaldo del sillón y miró el techo, como esperando recibir una respuesta. Sólo había una salida. Una que podría resolver sus problemas y calmar su conciencia manteniendo

el delicado equilibrio de la «buena fe» en los negocios.

Sabía que vender a Harrison podría justificarse de mil maneras: Jeff había tomado la iniciativa sin contar con él, el contrato con Swanson no especificaba que no pudiera vender inmediatamente, bla, bla, bla…

Pero eso no lo haría sentir ninguna satisfacción.

Tanner miró el reloj. Las nueve y media.

Maldiciendo en voz baja, se pasó una mano por la cara. No se había afeitado. Y tenía que tomar una decisión… Harrison llegaría en media hora. Entonces, ¿a qué estaba esperando?

Alguien llamó a la puerta entonces. ¿Quién demonios sería? Jeff no. Sabía que no debía molestarlo cuando estaba de mal humor.

Y no quería ver a nadie. A nadie más que a Abby.

—Entre.

Lo primero que vio cuando se abría la puerta fue el carrito del correo. Y una inmensa sonrisa de alivio iluminó su rostro.

Estaba trabajando, podría verla todos los días. Quizá incluso había cambiado de opinión sobre…

—Buenos días, señor Tanner —lo saludó una rubia bajita a la que no conocía.

La sonrisa desapareció.

—Déjelo ahí, por favor.

Al día siguiente. Abby volvería al día siguiente. ¿Por qué le parecía una eternidad?

La joven dejó el correo en la bandeja y lo miró, incómoda.

—¿Debo dejarlo en la bandeja todos los días, señor Tanner?

—No te molestes. Abby sabe dónde dejarlo.

—Abby McGrady acaba de despedirse, señor Tanner. Yo seré la nueva…

Tanner se levantó de un salto.

—¿Cómo que acaba de despedirse?

—Pues… vino esta mañana, muy temprano. Dijo que tenía que dejar su puesto inmediatamente, sin esperar los quince días que…

—¿Ha dicho adónde iba?

—No, sólo dijo que tenía un trabajo mejor.

¿Un trabajo mejor? ¿Dónde, con quién? ¿Y por qué no había ido a hablar con él? ¿Qué pasaba con las clases de pintura? ¿Y él?

¿Y él? Abby quería demasiado de él. Matrimonio, hijos,

promesas, ataduras, un hombre que no engañase a sus amigos por dinero…

—¿Tiene alguna carta para el correo de salida, señor?

—No, gracias. Puedes irte.

Tanner observó salir a la chica de su despacho, recordando a otros que se habían ido sin reparar en quién dejaba atrás. Pero no podía culpar a su familia aquella vez. Aquella vez era culpa suya. Fue él quien desapareció, quien se dio la vuelta.

¿Y por qué? ¿Para ahorrarse un dolor que podría no materializarse nunca?

¿Tanto miedo le daba perder el corazón que ni siquiera intentaba abrírselo a nadie?

Entonces miró la bandeja del correo, la que Abby había tirado aquel día. Y tuvo que sonreír. Era maravillosa, la mezcla perfecta: dulce, *sexy*, divertida.

De repente, se fijó en uno de los sobres que acababan de llegar. En el remite un simple Abby. Sin dirección. Evidentemente, lo había dejado antes de marcharse.

Lo abrió con manos temblorosas y tuvo que tragar saliva al ver las llaves del edificio donde debía de dar sus clases de pintura. Y se le encogió el corazón cuando el anillo de su abuela cayó directamente sobre el contrato de venta de la empresa Swanson.

Tanner tuvo que sentarse, agotado de repente. Enfermo.

Tomó el anillo y recordó aquella noche, cuando lo puso en su dedo, cuando tomaron un helado en la cocina de su casa.

Antes de conocerla ya se había dado cuenta de lo maravillosa que era. Sincera, capaz de cualquier cosa para hacer feliz a alguien…

Lo que más le gustó de su casa era lo único que tenía algún valor sentimental: el anillo de su abuela. Su último lazo familiar. Pero antes de que Abby McGrady se lo pusiera, Tanner no se había dado cuenta de lo hermoso que era.

Ni de cómo la amaba. Aquello fue como un puñetazo en el plexo solar.

Antes de que Abby se pusiera aquel anillo, antes de que fuera parte de su vida, era un hombre diferente. Una persona que ni siquiera a él le gustaba mucho. Pero Abby lo había cambiado. Y no podía imaginar la vida sin ella.

Miró el anillo de nuevo y descubrió que quería tener una vida con Abby, quería comprometerse con ella, estar atado por una promesa…

Pero antes de poder ofrecerle su amor tenía que ofrecerle su honestidad al hombre que había ayudado a abrirle los ojos.

Tanner miró el reloj. Las diez menos cuarto.

—Residencia de los Swanson —contestaron al otro lado del hilo.

—Frank, soy Tanner.

—¿Va todo bien? Abby nos dijo que habías tenido que arreglar un asunto urgente.

Tanner respiró profundamente.

—Era mentira, Frank. Quiero contarte la verdad… para empezar, Abby y yo no estamos casados.

—Lo sé.

Tanner se puso pálido. Por primera vez en su vida, se había quedado sin palabras.

—Y me da exactamente igual porque creo en ti. Desde el primer día. Llámalo sexto sentido —rió Frank—. Además, eso puedes solucionarlo en una hora, si encuentras a alguien que os case.

«Me he enamorado de ti, Tanner. O del hombre que creía que eras».

Las palabras de Abby se repetían en su cerebro.

Tanner apretó el auricular intentando conservar la calma, pero había perdido la cabeza y el corazón y haría cualquier cosa para recuperarla.

—No sé si querrá casarse conmigo, Frank. Espero que tú puedas ayudarme.

—Cualquier cosa que necesites, hijo. Cualquier cosa.

—Maldita sea —murmuró Abby, golpeando la máquina de chocolatinas con la mano—. Qué mala suerte tengo.

No había conseguido sacar nada, de modo que se alejó por el pasillo del centro cultural. Aquélla sería su última clase y aún no había decidido dónde iba a darlas a partir de entonces.

Pero lo que sí sabía era que no iba a utilizar el edificio de C. K. Tanner. Y no era sólo por orgullo, sino porque habían hecho daño a Frank y Jan Swanson. Por eso no podía aceptar nada de él.

Excepto el recuerdo de sus ojos, de su sonrisa, de sus besos. O el

sonido de su voz, tan ronca cuando le hacía el amor…

Hubiera podido darse de bofetadas. ¿Cómo iba a olvidarlo si seguía recordando eso, si seguía pensando en cómo la había convencido para que olvidase sus miedos?

Quizá recordando que no podía hacer lo mismo por él. El dolor del pasado era demasiado profundo y ni su amor ni su generosidad lograrían nada.

Pero la horrible verdad era que nadie la había hecho sentirse cómo él y nadie lo haría jamás.

Simplemente ir a la oficina para despedirse había sido tan insoportable que tuvo que pasar el resto del día en la cama. Pero la cama no era refugio suficiente. Nada ni nadie era refugio suficiente.

Pensó en llamar a su madre o a Dixie para buscar apoyo, pero no quería contarles lo que había pasado aquel fin de semana, no quería decirles que era una idiota por enamorarse de un hombre como C. K. Tanner.

Había perdido el corazón… y el trabajo. Tenía una oferta de Jan, pero no podía aceptarla.

Cuando la llevó al aeropuerto, Jan Swanson evitó preguntar por el estado de su relación con Tanner. Pero le había ofrecido su amistad y un trabajo en el departamento de *marketing* de una empresa filial, en caso de que lo necesitara.

Pero tendría que vivir en Minnesota. Y aunque la idea de estar a kilómetros de Tanner era apetecible, no podía dejar a su familia. Además, cuando Frank y Jan se enterasen de que había vendido la empresa, no querrían saber nada de ella.

Abby se detuvo un momento en la puerta del aula. Tenía que sonreír como fuera, aparentar que todo iba bien… hasta que fuera así.

—Muy bien, vais todos muy bien —dijo, acercándose a uno de los caballetes—. El trabajo es esbozar el cuerpo humano. Estoy buscando detalles, sombras, marcas… así que seguid trabajando.

Fue acercándose a cada uno de sus alumnos, haciendo sugerencias, comprobando los detalles.

—Ese lápiz no tiene punta. Espera, voy a buscar un…

—No se olvide de mí, señorita McGrady.

Tanner.

Abby tuvo que llevarse una mano al corazón.

—¿Qué haces aquí?

—Estoy cuidando los detalles, señorita McGrady.

—¿Qué? —murmuró ella, atónita—. ¿Qué haces aquí?

—Tomando clases de pintura. Y me llamo Charles Kerry.

—¿Cómo?

—C. K. Charles Kerry Tanner. El nombre de mi padre —sonrió Tanner—. No se lo había contado a nadie hasta ahora.

Abby no sabía qué decir, qué hacer. Estaba en su clase, compartiendo una confidencia, sonriendo. ¿Por qué?

—No pienso volver a trabajar. No vas a convencerme.

—No estoy aquí para eso. ¿No vas a mirar mi dibujo para hacer alguna sugerencia?

Ella miró alrededor. Sus alumnos intentaban aparentar que no estaban escuchando la conversación, pero por supuesto, todos estaban pendientes.

Con la garganta seca, Abby miró el esbozo. Evidentemente, era el dibujo de alguien sin entrenamiento artístico, pero tenía algo, carácter, personalidad, calidez. Había una figura pequeña, femenina, la otra más grande, masculina… con un anillo en el dedo.

—Está bastante bien.

—Pero falta algo, ¿verdad? —sonrió Tanner, dibujando un anillo en el dedo de la mujer—. Así está mejor.

—No sé si está mejor… Pero tenemos tendencia a ver las cosas de diferente manera —consiguió decir Abby, con el corazón acelerado.

—¿Por qué no salimos un momento al pasillo?

—Tú has venido a mi clase… Di lo que tengas que decir delante de todo el mundo.

Tanner tomó su cara entre las manos.

—No sabes cómo echo de menos tus besos, Abby McGrady.

Ella se puso como un tomate.

—Muy bien. Vamos fuera.

—Ah, menos mal.

—Dime por qué estás aquí —le espetó, una vez en el pasillo.

—Frank Swanson y yo vamos a ser socios. Vamos a llevar juntos la empresa. En realidad no quería retirarse, sólo que alguien le quitara parte del trabajo —sonrió Tanner—. El «bombón Abby» es

nuestro primer proyecto. Quería que lo supieras.

—¿No vas a venderla?

—No podía hacerlo. Le he vendido a Harrison una de mis empresas subsidiarias, una que llevaba mucho tiempo persiguiendo. Pero merece la pena… porque he estado a punto de cometer el error más grande de mi vida.

Abby asintió. Tanner decidió hacer lo correcto y había ido a contárselo. ¿Por qué la noticia no la llenaba de alegría?

—Habría sido un gran error. Me alegro de que hayas decidido no venderla.

—No estoy hablando de la empresa. Estoy hablando de ti. Casi he dejado que te fueras de mi vida —dijo Tanner entonces, tomando su mano—. Te quiero, Abby.

Ella lo miró a los ojos, con el corazón en un puño.

—Dilo otra vez.

—Te quiero. Te quiero muchísimo —repitió él en voz baja—. Durante toda mi vida he escondido mis sentimientos para sobrevivir. Me convertí en una máquina de hacer dinero en un negocio que requiere ser despiadado. Pensé que era feliz, pero estaba engañándome a mí mismo. Y no me di cuenta hasta que tiraste el café sobre mi escritorio, hasta que me mostraste que podía ser un buen hombre de negocios y un hombre honorable a la vez.

Le estaba abriendo su corazón y Abby se sintió tan emocionada que tuvo que apoyar la cara en su pecho.

—Desde que nos conocimos he estado librando una batalla. Quería liberarme del hombre en el que me había convertido… Un hombre tan convencido de que el amor no existe que no arriesgaría su corazón por nada ni por nadie.

—¿Y cuál es el resultado? —preguntó ella en voz baja.

—Tengo un deportivo en la puerta —sonrió Tanner—. ¿Quieres ir a dar un paseo y aparcar en la playa para besarnos durante un par de horas?

Abby sonrió.

—¿Y luego qué?

—Luego podrías casarte conmigo —contesto él, con los ojos brillantes.

—Tanner…

Había querido oír esas palabras más que nada en el mundo.

—¿Me quieres, Abby?

—Sí.

Entonces la besó, con fuerza, posesivamente. Y luego clavó una rodilla en el suelo.

—Cariño, delante de toda esta gente…

—¿Qué gente?

Tanner le hizo una seña. En la puerta del aula estaban todos sus alumnos mirando la escena con enorme interés. Abby se volvió de nuevo hacia él, riendo, pero al ver el anillo que tenía en la mano la risa desapareció.

—Quiero promesas, ataduras, compromisos, un montón de hijos y un puesto en el consejo de administración de la galería de arte McGrady. Quiero empezar de nuevo. Quiero una vida. Pero sobre todo te quiero a ti.

El corazón de Abby se derritió bajo el calor de su mirada.

—Tanner…

—Te quiero mucho, muchísimo, más que a nada en el mundo. ¿Quieres casarte conmigo?

El silencio era ensordecedor. Pero por dentro Abby oía campanas. Y cerró los ojos un momento, dándole las gracias a Dios por responder a sus plegarias. Tanner la amaba, la amaba tanto como lo amaba ella.

—Sí, quiero casarme contigo…

Tanner se levantó de un salto para ponerle el anillo.

—Creo que esto es tuyo.

—Creo que esto también es mío —rió Abby, echándole los brazos al cuello.

—Para siempre, señora Tanner.

—Para siempre —repitió ella, sabiendo que nada en el mundo le habría sonado más dulce.

Pero ya que su marido iba a dirigir una empresa de chocolates, las posibilidades eran increíbles…

FIN



La autora de *Bestsellers*, Laura Wright ha pasado la mayor parte de su vida sumergida en el mundo de actuar, de cantar y de baile de salón y competitivo. ¡Pero cuando comenzó a escribir, sabía que había encontrado el verdadero deseo de su corazón! (Aparte de un nuevo bebé). Junto con cuatro hermanos y muchos gatos, Laura creció en Edina, Minnesota, y aunque encontró aventuras en localidades como Nueva York, Ohio, Milwaukee y San Diego, ella finalmente encontró su «norte verdadero» en Los Ángeles con su marido, actor de teatro. Laura cree sinceramente en la familia, los amigos del corazón y la energía curativa del amor, y espera que ella en sus libros refleje esos valores.